

CONCEPTOS ERRADOS

La fiebre por los sueños

Virgilio Zaballos

El punto de vista sobre este tema tiene su base en los principios del Reino de Dios, sobre el fundamento de las Sagradas Escrituras, tal y como lo entiende el autor, haciéndose responsable único de aquellos aspectos en los cuales haya otras interpretaciones; y va dirigido en primer lugar a todos aquellos creyentes, nacidos de nuevo, y que forman parte del Cuerpo de Cristo.

Índice:

La corrupción del lenguaje

Los sueños ¿de qué estamos hablando?

Definiendo los conceptos para aclararnos

Vayamos a las Escrituras

Textos bíblicos sobre los sueños

Los “soñadores” de la carta de Judas

Sueños y visiones ¿cuál es la diferencia?

Un buen ojo

Lo que veía Jesús

Mi sueño cumplido

A modo de conclusión

Otra moda que nos ha invadido es la de soñar. Tener sueños grandes, buscar sueños y realizarlos. ¿Cómo? Muy fácil, siguiendo el manual que algunos soñadores ponen en nuestras manos a un módico precio en forma de libro, conferencia o predicación. Han brotado conferenciantes como setas después de una tarde lluviosa, no solo en el mundo secular, también en el eclesiástico. Tenemos toda una pléyade de charlatanes muy finos, capaces de crear atmósfera, grandes retóricos y profesionales de la oratoria. Nos endulzan con sus milongas, nos atrapan con sus ofertas y nos subyugan con el magnetismo de su carisma. Sus palabras aduladoras nos emocionan y nos hacen soñar en salir de la monotonía diaria, alcanzar pensamientos de grandeza y lograr una vida exitosa que será la envidia de nuestros semejantes. El problema es que todos pueden conseguir las mismas cosas, por lo tanto, no sabemos a qué público vamos a impresionar dado que la generalidad de las masas pueden conseguir lo mismo, de esa manera viviremos una igualdad gloriosa si todos somos capaces de poner en marcha los mecanismos milagrosos que nos están ofreciendo con verdadera abnegación.

Me gustaría que al margen de lo delicado de abordar este tema, de exponerme a ser malinterpretado, podamos reflexionar juntos, pensar juntos, debatir juntos, confrontar juntos y ser lo suficientemente valientes para restaurar lo que pudiera estar torcido, mezclado o errado en algunos de nuestros planteamientos sobre la moda de soñar.

Seamos honestos y reconozcamos que en muchos casos nos hemos cansado de sufrir el desprecio de la locura de la predicación. Ser impopulares y molestos, irrelevantes o ninguneados acaba en ocasiones con nuestros iniciales deseos de ser fieles al mensaje de la cruz. Pensamos si tal vez hemos sido demasiado exagerados, duros o radicales en nuestras posiciones frente a la comodidad que a todo el mundo, incluidos nosotros, nos gusta. Queremos vivir tranquilos, ser aceptados, reconocidos, admirados y que sin comprometer demasiado el mensaje del evangelio comprendan las multitudes que somos buena gente, queremos lo mejor para ellos, así que por qué no adaptar un poco el mensaje a sus oídos, no provocar demasiado, sino utilizar términos que les gusten, que les haga más llevadero aceptar lo que queremos decirles. De esa forma han surgido puentes, hemos entrado, -tímidamente al principio-, a conocer los cultos a Baal, sondear sus prácticas para hacer amigos y luego predicarles al único Dios. Hemos aprendido sus formas, sus términos y sus prioridades; luego las hemos pasado por la Biblia, hemos encontrado algunos paralelismos que nos han emocionado y hemos vuelto con un mensaje más adaptado a su forma de ver las cosas, a su culto a la diosa Artemisa. Hemos usado palabras que no provocan rechazo, más bien aplauso; nos hemos sentido bien, aceptados, importantes y para no importunarles mucho hemos avanzado a buen ritmo nuestro despojo de las verdades esenciales como retrógradas, antiguas y caducas. Hay que modernizarse, nos hemos dicho, por lo tanto, santifiquemos sus prácticas mediante un lenguaje atractivo a los creyentes y deseado por los incrédulos. Un trabajo a dos bandas. Hemos sentado cátedra. Nos ha dado resultado. Ha comenzado a venir mucha gente a nuestros cultos que les recuerdan los suyos a Baal y la diosa Diana, lo hemos llamado avivamiento, hemos construido grandes edificios, hemos impresionado a los políticos devoradores de votos, y por fin hemos triunfado. Lo que siempre habíamos querido ahora lo disfrutamos. Hemos tenido que hacer algunos cambios, pero vamos, sin mayor importancia.

Seguimos hablando con términos bíblicos. Mantenemos una apariencia de piedad que calma nuestras conciencias. Escondemos ambiciones y concupiscencias detrás de un vestido religioso con mucho colorido, fiesta y entretenimiento que nos convence del buen camino que hemos emprendido. Acabamos los cultos alegres, estamos realizándonos, cumpliendo nuestros sueños, que mas podemos pedir.

Todo esto es como una película de Hollywood, es decir, nuestro Baal de hoy. La feria de vanidades nos ha invadido pero nosotros la llamamos avivamiento. La apariencia de muchas iglesias modernas es atractiva según los patrones del sistema de este mundo, pero pobre, miserable, ciega y desnuda a los ojos del Señor de la iglesia, como la de Laodicea.

La corrupción del lenguaje

La salvación viene por el oír y confesar la palabra de Dios, el Nombre de Jesús. La apostasía también viene por escuchar y hablar doctrinas de demonios (cf. 1 Tim.4:1). Jesús dijo: "mirad, pues, cómo oís" (Lc.8:18). La proliferación de medios de comunicación de nuestra generación nos han invadido con sus mensajes, y junto con ello hemos abandonado la meditación de las Escrituras, -las cuáles nos pueden hacer sabios para la salvación-, que nos ha llevado a aceptar los términos mercantilistas de la sociedad de consumo. Los hemos asimilados como propios, hemos recordado algunos textos bíblicos que se les parecen y los hemos pasado por la predicación del evangelio. Un ejemplo de este deterioro lo tenemos en la proliferación de traducciones de la Biblia que se han hecho en los últimos años. En muchas de ellas más que traducir se ha interpretado, abandonando la precisión de las palabras por un lenguaje adaptado a la mente moderna, más digerible pero menos certera al origen del texto. Como botón de muestra señalaré una de las traducciones que mas despliegue publicitario ha tenido, es la Biblia llamada "la Palabra". Nos la venden como una versión moderna y actualizada, sin embargo es una versión Interconfesional, ecuménica, que se realizó en 2008. (Aunque yo tengo en casa un Nuevo Testamento Interconfesional, que viene a ser muy parecido al actual y que es de 1978. Está hecho por Biblioteca de Autores Cristianos, la Casa de la Biblia y Sociedades Bíblicas Unidas. Lo compré en una iglesia evangélica de Salamanca allá por el año 1981). Esta traducción tiene la pretensión de substituir a la Reina Valera de 1960, aunque ya han preparado otra que se llama Reina Valera Actualizada, que con muy pocos matices es la Reina Valera de 1995. Pues bien, en la Biblia "la Palabra" se traduce el término clásico de "*justificación*" por el más moderno de "*restablecidos en la amistad*". Cuando lees el pasaje de Romanos 3:21 al 26 no sabes si estás leyendo la Biblia o una paráfrasis light, insípida o para personas a las que quieres caerle bien. Si estamos dispuestos a corromper las palabras de la Biblia con adaptaciones e interpretaciones que sean más manejables, qué no haremos con otros términos secundarios. El apóstol Pablo nos dice que: "Si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla? Así también vosotros, si por la lengua no diereis palabra bien comprensible, ¿cómo se entenderá lo que decís? Porque hablaréis al aire... Pero si yo ignoro el valor de las palabras, seré como extranjero para el que habla, y el que habla será como extranjero para mí" (1 Co.14:8-11).

Se ha hecho popular desde hace tiempo en las iglesias hablar de triunfar, tener sueños grandes, alcanzar nuestras metas, la auto realización, la auto estima, desarrollar nuestra potencialidad, visualizar grandes proyectos, ser famosos, impresionables e impactantes, soñadores, influyentes, tener éxito, ser prósperos. Todos ellos términos del mundo comercial, mercantilista, anclados en la vana manera de vivir y en la vanagloria de la vida, cuyo fundamento es el sistema de este mundo, gobernado por el príncipe de la potestad del aire, que opera en los hijos de desobediencia.

Claro que la Biblia habla de éxito y triunfo, de ser prósperos y alcanzar los objetivos, pero no bajo la conceptualización que hace el sistema mundano de ellos, sino según los patrones del Reino de Dios, donde la prioridad, primera y última, es hacer la voluntad de Dios, a la manera de Dios y con los medios de Dios. Las verdades del Reino no coinciden con los esquemas del príncipe de este mundo y la vanidad de la vida. Hemos mezclado los conceptos, desvirtuado los principios y confundido los objetivos. Iremos aclarando a lo largo de este capítulo lo que queremos decir.

Nuestra sociedad se ha especializado en los eufemismos (manifestación suave o decorosa de ideas cuya recta y franca expresión sería dura o malsonante). Para no asustar y esconder los verdaderos propósitos y fines la mayoría de políticos usan términos laxos para suavizar la verdad de los hechos. De esta manera tenemos que al aborto se le llama "interrupción del embarazo o "derecho de la mujer a decidir". A matar a los ancianos cuando son inservibles se le llama "ley de cuidados paliativos". A la fornicación se le llama "parejas de hecho". A la mentira "libertad de expresión". A la injusticia "motivos de estado". Al egoísmo "realización personal". A la inmoralidad "libertad personal". A los padres "cónyuge A y cónyuge B". La familia puede ser casi cualquier cosa menos un hombre y una mujer con sus hijos. El relativismo moral se ha instalado en todas las esferas de la vida. La promiscuidad sexual es un signo de modernidad y progreso ¿y somos tan ingenuos los creyentes para pensar que toda esta nube de humo que sube del abismo (Apc.9:1,2) no nos está influenciando, contaminando y debilitando en la firmeza de nuestra fe en la palabra eterna de Dios? ¿Creemos de verdad que una buena parte del brillo que vemos en muchos cultos no es más que contaminación aceptada como el viento del Espíritu? Vivimos en el mundo pero no somos del mundo. Amamos a las personas, familiares, vecinos y compañeros que nos rodean pero no podemos aceptar el falso culto a Baal y la vanagloria de esta vida y este mundo destinado para el fuego.

Cuando hablamos de cómo cumplir nuestros sueños, ser triunfadores, personas exitosas y realizarnos a nosotros mismos ¿lo hacemos desde el Espíritu de Jesús o desde el espíritu de este mundo? Cuando el fundamento de nuestra fuerza, lo que nos motiva y despierta es el deseo de ser grandes y reconocidos ¿estamos siendo guiados por el sentir que hubo en Cristo o tal vez por la soberbia de "seréis como dioses"?

Hemos instalado en nuestro vocabulario términos grandilocuentes, palabras infladas como: "servir a Dios con excelencia". La palabra excelencia ha venido a ser un mantra, como sueño, triunfar, éxito, realización, potencialidad. ¿Qué significa servir a Dios con excelencia? Sencillamente obedecer a Dios, Su voluntad y Su palabra. Solo hay una manera de servir a Dios con excelencia: obedecerle. Otra cosa es

desobedecer. Sin embargo, usamos y abusamos de esta palabra como si fuera una excelencia hablar de excelencia. Se pone de moda emplear un término y lo repetimos como papagayos sin ton ni son. No sabemos bien lo que significa pero queda bonito, impresiona. Palabras infladas dijo el apóstol Judas. Perdonadme este agravio, que diría Pablo, pero parecemos "robots" queriendo impresionar a los poderes de este siglo. El mismo Pablo dijo a los corintios: "cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui *con excelencia de palabras* o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado... y ni mi palabra ni mi predicación fue con *palabras persuasivas de humana sabiduría*, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios" (1 Co.2:1-5).

Este es otro ejemplo más de las concesiones que estamos dispuestos a hacer para caer bien, aunque es mucho más que eso, es avergonzarnos del evangelio y sus términos para congraciarnos con los impíos; no molestar a "los sabios" de este mundo y mostrar que también nosotros somos sabios según este mundo. Por ese camino hemos llegado a perder la fuerza de nuestro sabor; el olor de vida para los que se arrepienten y el olor de muerte para los que resisten el evangelio. Hemos cometido el mismo error que los israelitas en las generaciones posteriores a las de Josué y Caleb. Fueron dejando terreno sin conquistar; asimilando las formas de vida cananeas, adaptándose a ellas para acabar una y otra vez en la esclavitud por su desobediencia. El libro de los Jueces acaba con anarquía, cada uno hacía lo que bien le parecía. Todos tenían su propia opinión, todas ellas muy respetables, por supuesto, no quisieron ser diferentes al resto de los pueblos que los rodeaban. Se acomodaron a la buena vida, al hedonismo, al placer, comer, beber y divertirse. Practicar sexo como los demás, qué hay de malo en ello, el sexo es placentero; hasta los hijos de Eli, el sacerdote, lo comprendieron así y se entregaron con entusiasmo a aprovechar su posición de dominio sobre las multitudes para enriquecerse y beneficiarse de las mujeres crédulas que consentían en relaciones desordenadas. Desgraciadamente muchos pastores han hecho lo mismo. Otros, como Samuel, han sido la nueva savia para restaurar el verdadero culto al Dios de Israel. Un espíritu profético surgió de las cenizas de las generaciones del libro de Jueces para entrar en el reinado de David (tipo del Mesías); después del reinado carnal de Saúl como respuesta a la "votación" mayoritaria del pueblo, que cansados de la anarquía quisieron la unidad de un líder que les llevara a la guerra como los demás pueblos. También de este tipo de liderazgo hemos tenido y tenemos en abundancia hoy.

La Biblia nos enseña que hay que conocer los tiempos para levantarnos del sueño (cf. Ro.13:11). Una buena parte de los tiempos que vivimos hoy son tiempos "para soñar". Soñamos hasta que despertamos y encaramos la dura realidad. Muy bien, hablemos de sueños.

Los sueños ¿de qué estamos hablando?

Una vez más tenemos que definir, conceptualizar, para saber entender lo que queremos decir. Un concepto se puede entender o interpretar de distintas formas, y de esa manera podemos hablar aparentemente de lo mismo y sin embargo llegar a lugares muy distintos. Por ello, comencemos

por el principio. Cuando hablamos de cómo conseguir nuestros sueños, tener sueños grandes ¿a que nos referimos? El lenguaje usado muestra que la base está en nosotros mismos, en el ámbito de nuestros deseos. La primera interpretación sería, por tanto, que cuando hablamos de tener sueños, soñar, nos referimos a deseos, desear. Los deseos pueden estar santificados, -los que produce el Espíritu en nosotros-, o por el contrario ser malos deseos, contrarios a la voluntad de Dios revelada en su Palabra. Por otro lado podemos tener o creer tener sueños o deseos buenos y no concordar con la voluntad de Dios. El apóstol Pedro tuvo un buen deseo de proteger a Jesús de la cruz y el calvario que le esperaba en Jerusalén, pero ese buen deseo humano fue desechado por Jesús mismo como de origen satánico (cf. Mateo, 16:21-23). A esto suelen decir los "expertos en sueños" que es mejor equivocarse pero actuar, que no quedarse paralizado sin tomar iniciativas. Bien, es comprensible, pero recordando que todas nuestras actuaciones tienen consecuencias en nosotros y en otros, por lo tanto no seamos tan ligeros a la hora de empujar a la acción, porque algo hay que hacer, sin reparar en el coste que conlleva. Jesús nos enseñó que hay que considerar el coste de nuestras acciones (cf. Lc.14:28-33), sean estas construir una torre o entrar en batalla. En este pasaje el Maestro señaló la vergüenza y burla que podemos llegar a padecer por nuestra negligencia o exceso de ímpetu a la hora de conseguir nuestros sueños. Los conferenciantes de hoy le dirían al mismo Jesús que no pasa nada, nos levantamos de nuevo y buscamos otro sueño hasta que demos con la tecla y consigamos lo que nos hemos propuesto. Sí, eso es así en algunos casos, pero no es un principio absoluto para aplicarlo en serie sin dar lugar al arrepentimiento de obras muertas. Porque ese es otro punto. Nunca aparece el término arrepentimiento en los buscadores de sueños. El fracaso, dicen, puede ser la plataforma para el éxito del futuro. Sí, puede ser, pero también puede significar que nos hemos empeñado en algo que se ha convertido en una idolatría y la llevaremos hasta las últimas consecuencias "caiga quién caiga". Locuras de estas tenemos algunas en la historia reciente de Europa. Pienso en la locura de los mil años de Reich del Furher alemán y el destrozo que causó a la mayoría de naciones del mundo.

Con todo esto lo que quiero decir es que la consecución de nuestros sueños se ha convertido en algo tan irrefrenable en muchos casos que podemos acabar como Balaam. Este profeta comenzó bien, pero le pudo el afán de lucro que le condujo al error (cf. Judas 11).

Bien, volvamos a lo que queremos decir con tener sueños. Claro, dicen "los expertos", nos referimos a sueños de Dios. Mentira en primera instancia. Porque antes de llegar a este dato nos han llenado la cabeza con toda la parafernalia soñadora, realizadora y triunfadora que obtendrá nuestra agradable existencia si confiamos nuestras vidas a los mecanismos de éxito que nos han "vendido" antes. Luego para espiritualizarlo, pasarlo por la Biblia y la voluntad de Dios llegan al punto de decir que "hablamos de sueños de Dios". Y digo mentira en primera instancia porque la base, como he dicho antes, está en nosotros mismos y nuestra propia realización, luego invitamos a Dios a bendecir nuestros proyectos, apoyarlos y confirmarlos en Su Trono de gracia. Cuando algunos de esos "sueños" se cumplen, es decir, conseguimos lo que pretendemos (lo cual nunca es sinónimo de la aprobación de Dios, pero se vende como tal), salimos al auditorio como pavos reales para impresionar al respetable con el márketing del producto que estamos vendiendo. Esto mismo vale para un comercial de pastillas

adelgazantes, para un vendedor de coches o para un predicador ganador de almas por las manos alzadas en señal del éxito de "ventas". El Señor nos deja caminar en la locura durante un tiempo, nosotros lo damos por bueno, no pasa nada, mejor dicho, lo que pasa es que creemos tener la confirmación del cielo a nuestros proyectos, por lo tanto, damos una pirueta más en la osadía de nuestros objetivos para agrandar la visión y presentarnos como el gran poder de Dios (cf. Hechos, 8:9-11).

Jesús enseña que por sus frutos los conoceréis. Las obras de cada uno se hacen evidentes más pronto o más tarde (cf. 1 Tim.5:24,25). El juicio viene sin remedio en su momento. Hemos sido testigos, desgraciadamente, de esta realidad en muchas, demasiadas ocasiones, que parece no sirven para "escarmentar en cabeza ajena". Seguimos obstinándonos en el error por el brillo del lucro. Las mismas tentaciones se van cumpliendo en todos los hermanos en todo el mundo (cf. 1 Pedro, 5:8,9). Tenemos además el testimonio de las Escrituras, donde podemos aprender del ejemplo de los que nos han precedido, y están escritas para que aprendamos (cf. 1 Co.10:6,11-14).

Si realmente creyéramos que lo que se predica en cuánto a los sueños es en referencia a los sueños de Dios, no ofreceríamos el producto con tanta ligereza, porque si son de Dios es a Él a quién le corresponde darlos y no a nosotros producirlos. Si realmente estamos sometidos a Su voluntad, ésta se hará manifiesta, como siempre lo ha sido, a los suyos. ¿O es que pensamos que el Espíritu Santo no es capaz de producir y llevar a cabo la obra de Dios en nuestras vidas que tenemos que empujar, manipular, coaccionar, hechizar, seducir, imponer o forzar para que los hijos de Dios hagan la voluntad del Padre? Me temo que en muchos casos hemos sido atrapados por el espíritu productivista de esta generación y que tenemos una necesidad compulsiva al estilo del consumismo moderno. Dios no está nervioso. Dios es paz. El saludo de Jesús a los suyos después de resucitar no fue una prédica impetuosa para que salieran corriendo lo antes posible a predicar. Su saludo fue: paz a vosotros. Luego les dijo: esperar en Jerusalén. Más tarde les envió el Espíritu Santo y ellos salieron por todas partes, no anunciando sueños, sino proclamando el evangelio de la resurrección de Jesucristo. Jesús había vencido, la muerte había sido derrotada, nuestro pecado quedó borrado y perdonado por la sangre derramada del Justo; el camino al Padre, al Lugar Santísimo, quedó abierto para siempre; el diablo fue destronado y humillado junto con todas sus huestes de maldad y expuesto en un espectáculo público. Todo el plan de redención fue más que un sueño bonito. Es la obra perfecta y acabada, hecha una vez y para siempre, para que nuestra mirada esté en las cosas de arriba, de donde esperamos al Salvador, y no en las de la tierra. Los sueños, diría Calderón de la Barca, sueños son; pero nuestra redención es más que un sueño. Hay un tiempo para soñar con la liberación de la cautividad (cf. Salmo, 126:1), pero cuando ésta ya se ha producido no debemos seguir soñando, sino viviendo en el Espíritu, andando en el Espíritu, vivir llenos del Espíritu. Los hijos de desobediencia no han sido redimidos, por tanto necesitan soñar con la lotería, el éxito, el triunfo, la riqueza material, con una vida de placeres; todo ello dentro de las fronteras de Babilonia; pero los que ya hemos salido de Babilonia no necesitamos seguir soñando; ya "nos hemos acercado al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los

cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel" (Hebreos 12:22-24).

Los israelitas que dejaron Egipto, que fueron redimidos en una sola noche; que habían puesto la señal de la sangre en sus puertas para que el ángel de la muerte no entrara; estos mismos, o muchos de ellos, siguieron soñando con el estilo de vida de Egipto. Recordaban los puerros (¡qué barbaridad!), las cebollas y los ajos (*cf.* Números, 11:5,6). Esclavos, pero comiendo puerros y pescado. Ahora libres y recordando la vida de esclavitud; soñando con el estilo de vida anterior. Queridos hermanos, nosotros hemos sido redimidos por la sangre de Jesús y algunos siguen soñando con la música de Egipto, el teatro de Egipto, el becerro de Egipto, el éxito de Egipto, la promiscuidad de Egipto, la muerte de Egipto. El apóstol Pablo nos dice que "si las cosas que destruí, las mismas vuelvo a edificar, transgresor me hago" (Gá. 2:18).

Llegados a este punto pensemos. Cuando los israelitas hicieron el becerro de oro poco después de salir de Egipto; cansados de esperar a Moisés, no pensaron en inventar otro Dios, dijeron: "Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto" (Éxodo, 32:8). Mezclaron su experiencia de redención con los cultos egipcios que habían visto por generaciones en su entorno. Identificaron el becerro con su salvación. Inventaron otro culto, otra fiesta con base en la vida carnal, pero creyendo que lo hacían al Dios que se había revelado a Moisés. Aarón fue el sustentador de este nuevo culto mezclado. Aarón había recorrido con su hermano Moisés todo el proceso de liberación del pueblo hasta su salida milagrosa en aquella noche única y determinante. Sin embargo, el mismo Aarón se prestó al eufemismo de identificar el becerro con la liberación de Egipto. ¿Cómo es posible? Este hombre de Dios, escogido, apartado, usado por el Señor, permitió el desenfreno del pueblo y se sometió a sus idolatrías egipcias. La permisividad doblegó y venció en un momento todas las experiencias vividas con anterioridad del poder de Dios ante Faraón. Le dijo a su hermano: "tu conoces al pueblo, que es inclinado al mal" (Ex.32:22); y en lugar de corregir al pueblo fue arrollado por el mal del pueblo. Este tipo de líderes inundan muchas de las iglesias locales de hoy. Sin embargo, Moisés al bajar del monte y encontrarse con la promiscuidad del pueblo, su idolatría, su falsa fiesta y regocijo; rompió y molió sus falsos sueños de emancipación y se los dio a comer, para que probaran el fruto de sus obras. El pueblo había actuado por su propia cuenta con el apoyo de un líder reconocido, eso les dio alas y los llevó al desenfreno. No nos engañemos, una buena parte de las multitudes que llenan las mega iglesias, lideradas por dirigentes al estilo de Aarón, se han convertido al becerro de oro, están por el becerro de oro y buscan la fiesta y el desenfreno del becerro de oro. Han aprendido el lenguaje bíblico. Practican una parte del exterior de la religión, pero sus corazones están todavía en Egipto como el primer día. A estos cultos, con el becerro en medio, lo llamamos avivamiento, éxito, triunfo, la realización de nuestros sueños. Por su parte Josué, hijo de Nun, estaba en la ladera del monte esperando a Moisés, lejos de la fiesta, solo, oyendo el ruido pero firme en su fe, sin quedar seducido por los sueños de grandeza, la idolatría de las multitudes, sino esperando la llegada de la revelación de Dios en las manos de Moisés. No fue elegido al día siguiente como co-pastor del legislador; no, pasaron otros cuarenta años de firmeza, de mantener otro espíritu al traído de Egipto por la mayoría, vencer muchas

pruebas y batallas, para llegar al momento cuando Dios le usó. El relato bíblico no nos dice que Josué estuvo buscando todo ese tiempo como conseguir su sueño.

El autor de la carta a los Hebreos nos dice que "la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quién tenemos que dar cuenta" (Heb.4:12,13).

Un pueblo que ha abandonado las Escrituras por la música, el entretenimiento y la atracción del mundo visual no tendrá discernimiento para saber lo que es becerro de oro, ídolos, mezcla, promiscuidad, Babilonia. Un pueblo que usa las Escrituras para traficar con ella y conseguir sus metas, objetivos y sueños manipulándola y adaptándola a sus caprichos tampoco verá la luz que contiene. Pero aquellos que se prueban para ver si están en la fe, fundando sus vidas en la palabra de los apóstoles y profetas, siendo Jesús la piedra principal, podrán ser rescatados de la fuerza que ejerce el espíritu de este mundo sobre los hijos del Reino.

Definiendo los conceptos para aclararnos

Hemos dicho que cuando se usa la idea de conseguir, alcanzar, tener o cumplir nuestros sueños básicamente se está hablando de deseos o planes. La idea que subyace es alcanzar objetivos ideados de antemano, tener metas claras, un propósito por el cual vivir, en definitiva, estamos buscando el sentido de nuestra vida. Lo nocivo de esta concepción para un hijo de Dios es que la argumentación está basada en el hombre, en su potencialidad, su capacidad para alcanzar la meta, lo cual nos reintroduce en el humanismo. Nos devuelve a la autosuficiencia y autodeterminación; en lenguaje moderno, ser dueños de nuestro destino. Lo cual es una adulteración de la vida cristiana, que en esencia es: "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mi; y lo que vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:20). O en palabras del Maestro: "El que quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". (De ello hablaremos en nuestro próximo y último capítulo). Podemos barnizarlo con el color de los evangelios o aderezarlo con algunos ingredientes de las cartas del apóstol Pablo, pero en su esencia, en su núcleo, estamos dentro de la esfera de lo que se opone a Dios desde el principio. En ese ámbito estamos de vuelta a los principios que operaron en los objetivos marcados por el hombre en la llanura de Sinar (cf. Gn. 11:2). En aquel lugar se unieron todas las potencialidades humanas; tenían un objetivo aparentemente saludable, buenas intenciones; les movía la idea positiva de edificar. Se animaron unos a otros, consiguieron dejar sus individualidades para desarrollar una visión común; por un tiempo olvidaron sus diferencias, sus intereses partidistas para centrarse en el bien común; todo era aparentemente perfecto en su ejecución. Estaban determinados; pusieron en marcha principios básicos como tener una meta clara, estar decididos, trabajar juntos, unir sus capacidades; tenían un líder que los dirigía con mucho carisma, su nombre era Nimrod, hombre vigoroso, decidido, tenía las cualidades idóneas como

buen director ejecutivo. Es innegable que la obra que estaba en marcha tenía todos los elementos necesarios para un éxito asegurado. Sin embargo, todo este proyecto con una apariencia tan atractiva contenía una semilla de cizaña que la hizo fracasar: no era la voluntad de Dios. El objetivo principal de la obra era la autodeterminación. Ser dueños de su propio destino. Aprovechar las condiciones que el Creador les había dado (tenían una sola lengua que permitía el entendimiento común) les llevó al abuso de esas mismas condiciones para alejarse del Creador y crear su propio gobierno mundial con un líder sustituto del Hacedor. Dios mismo comprendió que eran capaces de hacerlo, que tenían las condiciones y las habilidades para llevarlo a cabo, por lo que su intervención fue para deshacer el nexo de unión; el lenguaje que los tenía unidos para fines contrarios a la voluntad de Dios fue el detonante de su dispersión y fracaso de la obra.

Este mismo modelo lo exportaron a todo lugar donde fueron. Se inició en Babel, en la llanura de Sinar, el origen físico de Babilonia que vino a ser el paradigma de la oposición a Dios y su revelación. De las semillas allí plantadas creció todo culto impulsado por la voluntad humana en colaboración con la serpiente antigua, el príncipe de este mundo, el padre de la mentira, el adversario de Dios. Recordemos que la voluntad de Dios para el hombre y la mujer desde el principio fue: fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla (cf. Génesis, 1:28). Después de la caída volvió a repetirla a Noé y sus hijos: "y vayan por la tierra, y fructifiquen y multiplíquense sobre la tierra" (Gn. 8:17). "Bendijo Dios a Noé y a sus hijos, y les dijo: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra" (Gn. 9:1).

En lugar de ello se unieron en la llanura de Sinar para buscar su propio camino al margen de las ordenanzas de Dios. Es fácil saber quién estaba impulsando esa desobediencia aunque encubierta en una envoltura muy atractiva. No ha cambiado mucho la estrategia a lo largo de los siglos, ni hemos aprendido demasiado de los errores del pasado. Resumiendo: Babel se inició como el proyecto de un gobierno humano mundial bajo el liderazgo fuerte de Nimrod, que se levantó para señorear sobre los demás. Es el modelo repetido a lo largo de la historia del hombre. Dios nunca dijo que nos enseñoreáramos de otros hombres, sino de la creación animal, vegetal y los recursos de la naturaleza. "Y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra" (Gn. 1:28).

El sueño de Nimrod era ser grande, dominar sobre sus semejantes, crear un gobierno fuerte y totalitario, imponer su visión a los demás, aprovechar la fuerza de la unidad para sus propios fines expansionistas. Otro modelo repetido una y otra vez en nuestra dilatada historia. Este modelo también ha traspasado la cerca de muchas iglesias. Han entrado ladrones y salteadores, no por la puerta, sino por las cercas derribadas, para enseñorearse de la grey de Dios (cf. Jn.10:1). El mismo apóstol Pablo lo dijo al despedirse en su discurso a los ancianos de la iglesia. "Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras de sí a los discípulos" (Hch.20:29-30).

Después del fracaso de Babel, la revelación de Dios se centra en un hombre, Abram, habitante de ese mismo lugar, Ur de los caldeos; una familia, Abraham y Sara, su simiente y descendencia; la familia de Isaac y Jacob; un pueblo, el pueblo de Israel, a quienes les dio las promesas y los

pactos; y un Mesías, la simiente que había de venir, para alcanzar a todas las familias de la tierra con su bendición y propósito restaurador.

Pensemos en los modelos contrapuestos en la Biblia. Frente a Nimrod, hombre vigoroso y dominador, Dios levanta a Abraham, un anciano errante, extranjero y peregrino, sin morada fija, con una mujer estéril que amenaza con extinguir su familia. Sin embargo, la promesa y bendición de Dios le llevó a ser padre de la nación hebrea y de los creyentes de todas las naciones por la fe en Jesús. Recuerda: el que se humilla será ensalzado, el que se enaltece será humillado. Dios le dio sueños a Abraham y a muchos de sus descendientes, como veremos más adelante, pero no como pensamos hoy, aunque siempre hay similitudes que hacen fácil la mezcla y difícil la separación. Recordemos también ya ahora, que el diablo es el gran imitador y falsificador, que traspasa los límites cuando se le deja, y roba los tesoros del Reino para proyectarlos como luz pero con la simiente de oscuridad en su interior. Demasiados temores, pensarán algunos, muchas cautelas y ver dificultades en todas partes, gritarán otros. También hay los que aprovecharán tanta dificultad para mantener la pereza y pasividad. A menudo ponemos demasiados obstáculos, sí, pero todo se vuelve sencillo cuando comprendemos que "si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela la guardia" (Salmos 127:1). "No depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Ro. 9:16). "No es con espada, ni con ejército, sino con su Santo Espíritu" (Zacarías, 4:6). En definitiva, podemos edificar sobre heno, paja y hojarasca para que el fuego la quemee; o edificar con oro, plata y piedras preciosas (cf. 1 Corintios 3:12-15). Pero sigamos que aún queda mucho por desarrollar.

Vayamos a las Escrituras

En las Escrituras tenemos la revelación de Dios a los hombres. La voluntad de Dios manifestada en la Persona de Jesús. En ella encontramos mucho del conocimiento del hombre, de antropología; además de ayudarnos a discernir el mundo espiritual en sus dos vertientes: luz y oscuridad. La verdad de Dios aplicada debidamente pone equilibrio al desequilibrio del hombre desde su caída en pecado. Por ello, el hombre sabio viene a las Escrituras para encontrar revelación, luz, conocimiento, discernimiento; no debe venir para confirmar sus pensamientos, sus deseos, sus ambiciones, pretendiendo buscar el apoyo a sus pretensiones, filosofías o pensamientos preconcebidos para ratificarse en ellos y salir de esa búsqueda confundiendo sus deseos con la voluntad de Dios. La Biblia debe renovar nuestra manera de pensar para que no nos conformemos al esquema de este mundo, sino que seamos transformados en nuestro modo de ver las cosas, y podamos descubrir la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta (cf. Ro. 12:2).

Cuando no nos conformamos a las sanas palabras de la piedad, buscamos y bebemos de otras fuentes; cisternas rotas (diría el profeta Jeremías) que no retienen el agua. Si abandonamos la verdad revelada, abrimos nuestros corazones a la mentira, y si persistimos en ello sin arrepentimiento, Dios envía un poder engañoso para que creamos la mentira y quedemos atrapados en la esclavitud del error (cf. 2 Tes. 2:11,12). La historia del pueblo de Israel antiguo es nuestro espejo para aprender, no somos diferentes a ellos. Hubo un tiempo cuando los mismos

israelitas dijeron a Jeremías que les iba mal por haber abandonado el culto a la reina del cielo, y que el motivo por el que habían llegado al deterioro, decadencia y necesidad de sus días era porque habían dejado de presentar esas ofrendas. Hasta ese grado de engaño podemos llegar. Leamos.

¹⁶La palabra que nos has hablado en nombre de JHWH, no la oiremos de ti;
¹⁷sino que ciertamente pondremos por obra toda palabra que ha salido de nuestra boca, para ofrecer incienso a la reina del cielo, derramándole libaciones, como hemos hecho nosotros y nuestros padres, nuestros reyes y nuestros príncipes, en las ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalén, y tuvimos abundancia de pan, y estuvimos alegres, y no vimos mal alguno.
¹⁸Mas desde que dejamos de ofrecer incienso a la reina del cielo y de derramarle libaciones, nos falta todo, y a espada y de hambre somos consumidos. ¹⁹Y cuando ofrecimos incienso a la reina del cielo, y le derramamos libaciones, ¿acaso le hicimos nosotras tortas para tributarle culto, y le derramamos libaciones, sin consentimiento de nuestros maridos? (Jeremías 44:16-19).

El profeta Jeremías les enseñó que fue precisamente por abandonar los mandamientos de Dios y entregarse al culto pagano lo que les había llevado a esa situación de juicio y cautiverio. El pueblo estuvo tan obstinado en el error que se ratificaron en sus pensamientos contumaces. Tuvieron que pasar setenta años hasta que comenzaron a comprender la realidad de lo que estaba pasando.

²⁰Y habló Jeremías a todo el pueblo, a los hombres y a las mujeres y a todo el pueblo que le había respondido esto, diciendo: ²¹¿No se ha acordado JHWH, y no ha venido a su memoria el incienso que ofrecisteis en las ciudades de Judá, y en las calles de Jerusalén, vosotros y vuestros padres, vuestros reyes y vuestros príncipes y el pueblo de la tierra? ²²Y no pudo sufrirlo más JHWH, a causa de la maldad de vuestras obras, a causa de las abominaciones que habíais hecho; por tanto, vuestra tierra fue puesta en asolamiento, en espanto y en maldición, hasta quedar sin morador, como está hoy. ²³Porque ofrecisteis incienso y pecasteis contra JHWH, y no obedecisteis a la voz de JHWH, ni anduvisteis en su ley ni en sus estatutos ni en sus testimonios; por tanto, ha venido sobre vosotros este mal, como hasta hoy (Jeremías 44:20-23).

También el apóstol Pablo nos enseña claramente que si hemos conocido a Dios y no le glorificamos como a Dios, ni vivimos reconociendo nuestra gratitud al que nos dio todo, sino que nos envanecemos en nuestros razonamientos y en lugar de adorar al Creador adoramos a las criaturas, nuestro intelecto, nuestra ciencia, nuestras visiones y sueños, acabamos entenebrecidos, nos volvemos necios, se apaga la luz de Dios y se encienden otras luces alimentadas por el espíritu humanista auto determinado a ser dueño de su propio destino. Cambiamos la gloria de Dios por imágenes mentales, vanas imaginaciones, fantasías, elucubraciones y sueños que nos llevan a dar culto a lo creado por nuestra propia concupiscencia. Llegados a esa situación, el apóstol nos dice claramente, repito, está escrito así, no lo endulcemos, no le pongamos papel de regalo, dice: "Dios los entregó a la inmundicia... Dios los entregó a pasiones vergonzosas... Dios los entregó a una mente reprobada para hacer cosas que no convienen" (Ro. 1:18-32). Preguntémonos: ¿no son estas una buena parte de las características de la sociedad que tenemos? Vayamos un poco

más allá: ¿no es verdad que lo que llamamos iglesia, -en una proporción demasiado amplia-, está en la misma situación? ¿No es verdad que el adulterio, el divorcio, la fornicación, la pornografía, la promiscuidad sexual, la idolatría del ego, la idolatría de la realización personal, el afán por las riquezas y la vanagloria de la vida están presentes en la iglesia en niveles parecidos a los que se dan en aquellos que viven lejos de Dios? ¿No es verdad que está escrito que es necesario que el juicio de Dios comience primero por su casa? Sin embargo escuchamos a predicadores muy vistosos diciendo: paz, paz y no hay paz. Disfrutemos, seamos felices, alcancemos nuestros sueños, no dejes que nadie te estropee un buen sueño, ser cristiano es una aventura de fe. Es un camino hacia el cumplimiento de los sueños de Dios para nuestras vidas. No se trata de concentrarte en qué hiciste mal en el pasado, sino en revisar constantemente cómo puedes mejorar. El arrepentimiento y la restitución han desaparecido de algunos púlpitos, todo es inflar el ego, llenarlo de palabras hinchadas y agradables al oído. Vas a ser grande, Dios va a hacer grandes cosas con tu vida. ¿A que llamamos grande? ¿Qué cosas son esas? Si Dios lo ha dicho, correcto; pero si no lo ha dicho y son inventadas del propio corazón del predicador engañamos a la gente, les llevamos por un camino que conduce al desengaño. El profeta Jeremías y el profeta Ezequiel fueron predicadores muy negativos, dijeron cosas que alguna mega iglesia de hoy no soportaría ni un momento, pero adornamos sus sepulcros, le ponemos ribetes de oro a sus palabras y las interpretamos como nos da la gana. Tenemos comezón de oír, es decir, oímos lo que confirma nuestros intereses, pero desechamos lo que los perturba y amenaza.

Llegados aquí deberíamos leer el capítulo 23 completo del profeta Jeremías. Una vez acabado, pasarnos por el capítulo 34 del profeta Ezequiel. Después revisemos nuestras verdaderas motivaciones y pasemos nuestros sueños por el filtro de la verdad. Aún no hemos entrado en los textos que quería compartir en este capítulo, lo anterior es una introducción para ir abriendo apetito y despertar nuestras conciencias de obras muertas.

Decía que las Escrituras ponen equilibrio en nuestras vidas si realmente nos sometemos a ellas y dejamos que su acción opere en todo nuestro ser. Cuando nos hemos ido tan lejos de la verdad de Dios necesitamos un movimiento brusco, un golpe de timón para reorientar el rumbo si queremos regresar a la cordura de la fe; la fe sencilla y no sofisticada y mezclada; la fe en Dios y Su palabra y no en el hombre. Recuerda, otra vez es Jeremías: "maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de JHWH". El mismo profeta nos da el equilibrio: "Bendito el varón que confía en JHWH, y cuya confianza es JHWH" (Jer.17:5,7).

Textos bíblicos sobre los sueños

Una mirada general a la concordancia para ver los textos donde en la Biblia se habla de sueños nos muestra que los libros de Génesis y Daniel son donde más aparece este tema. Hay más textos, claro, pero el denominador común es que en la mayoría de ellos se trata de sueños que podemos llamar nocturnos. Tenemos el sueño profundo que Dios hizo caer sobre Adán para hacer "una operación con anestesia", sacar una costilla del primer hombre y hacer la primera mujer (cf. Gn.2:20-22). Este tipo de

“sueños machistas” no está de moda en nuestro tiempo. ¡Qué es eso de que el hombre fue creado primero y luego la mujer! ¡Blasfemia! ¡Somos iguales! En este sueño la acción corre a cargo de Dios, se origina en Su voluntad.

Luego encontramos el sueño de Abimelec para advertirle que no tocara a la mujer de Abraham. La había tomado pensando que no estaba ligada a varón, “pero Dios vino a Abimelec en sueños de noche, y le dijo: He aquí, muerto eres, a causa de la mujer que has tomado, la cual es casada con marido” (Gn.20:3). Algunos tienen sueños, visiones o palabras proféticas para casarse con personas que están casadas; sueños para cometer adulterio y fornicación. Qué pena que muchos no hubieran tenido este tipo de sueños como el de Abimelec. Él lo había hecho en ignorancia, sin saber que era la mujer de Abraham, y Dios intervino directamente en sus sueños para evitarle pecar contra Él. El asunto era serio. Toda la casa de Abimelec había quedado estéril y moriría sino devolvía la mujer a su marido (cf. Gn. 20:1-18). Si buscáramos este tipo de sueños seríamos advertidos de caer en una de las tentaciones más comunes de nuestro tiempo. Aunque tenemos los mandamientos y la palabra profética más segura para no caer en ello. Este sueño también se originó en Dios.

Mas adelante vemos a Jacob durmiendo al raso con unas piedras de cabecera. En esa situación tuvo el sueño de una escalera que estaba apoyada en tierra y su extremo tocaba el cielo. Vio ángeles que subían y bajaban y en lo alto estaba Dios, quién le habló sobre la promesa de la tierra que daría a su descendencia, así como ser el portador de la bendición que ya había dado a Abraham de bendecir a todas las familias de la tierra. También le prometió estar con él en el viaje que había emprendido para hacerle volver y cumplir lo que le había dicho (cf. Gn.28:10-22). Un sueño maravilloso y profético que aún sigue cumpliéndose en nuestros días y que se originó en Dios y Su voluntad.

Seguimos en Génesis y nos encontramos con el sueño de Labán. El propósito de este sueño fue para que tratara bien a Jacob y no le hablara *descomedidamente* cuando el patriarca se había marchado de su casa sin avisarle, cumpliendo así la palabra del sueño de Jacob de volver a su tierra (cf. Gn.31:24). ¡Qué bonito sueño para muchos de nosotros! No hablar mal de otros, dejar que tomen sus decisiones en libertad y actúen según sus convicciones, sin coacción o manipulación. Sin embargo, no tenemos necesidad de tener sueños de este tipo, las Escrituras nos enseñan sobradamente de esta forma de comportamiento. Una vez más, este sueño se originó en Dios.

Y por fin llegamos a José “el soñador”, el hijo de Jacob. Sus sueños, junto con los del mismo Faraón, son los más conocidos de todas las Escrituras. Los sueños que tuvo José le anticiparon el futuro, pero tuvo que ir viviendo una serie de experiencias adversas y dolorosas que le llevaron a la incompreensión, la injusticia y la cárcel, “hasta la hora que se cumplió su palabra, el dicho de JHWH le probó... le soltó... le dejó ir libre. Lo puso por señor de su casa, y por gobernador de todas sus posesiones” (Salmos 105:19-21). La vida de José es fascinante, el relato es muy rico en detalles, su figura es un tipo del Mesías, sus experiencias similares; se ha escrito mucho sobre esto y no voy a extenderme en ello, pero si quiero decir lo siguiente. José tuvo sueños dados por Dios, sus hermanos no. Estos vivieron experiencias muy diversas y cotidianas, con luces y sombras. Vivieron la rutina del día a día. Formaron familias, trabajaron con el ganado; no se habla en el relato bíblico de grandes experiencias místicas, ni

que Dios les hablara de manera especial; vidas cotidianas, experiencias normales; sin embargo, eran la familia de la promesa; fueron los padres de la nación hebrea, los patriarcas de las doce tribus y su padre los bendijo antes de morir. A José no se le ocurrió enseñarles que podían tener los mismos sueños que él, las mismas experiencias que él, porque Dios no hace acepción de personas. Digo esto por la reiteración en muchos púlpitos de que todos podemos tener las mismas experiencias y si no es así parecemos miembros de segunda categoría. Es un error querer ser todos ojos, oído o pie. ¿Dónde estaría el cuerpo? Caemos en el error de hacer doctrina de las experiencias espectaculares que algunos hermanos pueden tener; no las niego, yo también he tenido las mías, pero no por ello debemos forzarlas en los demás. Los sueños de José, las experiencias de José y las circunstancias de José fueron para José. Dios escogió al hijo de Jacob para ello. Los demás hermanos cumplieron otras misiones. Los sueños de José fueron la voluntad de Dios para su vida. Esos sueños contenían la palabra de Dios que se fue activando paso a paso en la vida de este hombre. Nosotros podemos tener sueños o no, pero lo que sí tenemos es "la palabra profética más segura, a la cual debemos estar atentos como a una antorcha que alumbraba en lugar oscuro" (2 Pedro, 1:19-21); para no correr detrás del viento, sino estar firmes en la voluntad de Dios revelada en su palabra.

El copero y el panadero del rey de Egipto, compañeros de cárcel de José, tuvieron sendos sueños la misma noche. José interpretó ambos y los dos se cumplieron casi inmediatamente. Imagino que queremos tener el sueño del copero, pero no el del panadero. El primero fue repuesto a su posición anterior; el segundo, oyendo los buenos presagios que el intérprete le había dado a su compañero de prisión se dispuso a contar el suyo. Sin embargo el final de su sueño era muy distinto, acabó en tragedia. Faraón hizo ahorcar al jefe de los panaderos (*cf.* Gn.40:1-23).

Al final del libro de Génesis encontramos los sueños de Faraón. Los famosos siete años de abundancia representados por las siete vacas gordas, y los siguientes siete años de escasez personificados en las siete vacas flacas que devoraron a las siete vacas gordas sin que se apreciara en ellas su voracidad. El sueño se repitió con las espigas, lo cual vino a mostrar que Dios se apresuraba a hacerlo (*cf.* Gn.41:1-36). La historia es de sobra conocida y no entraremos en detalles. Algunos quieren ver en la crisis que nos azota un paralelismo con lo sucedido en Egipto. Necesitaremos hombres y mujeres sabios como José, en quién habita el Espíritu de Dios, para hacer frente a estos tiempos turbulentos; no con sueños centrados en grandezas personales, sino hombres de Dios que tienen estrategias para bendecir a muchos. Recordemos que este sueño no fue dado a José, sino a Faraón, aunque el amado de Jacob vivió de tal forma su vida que llegó al cumplimiento del plan predeterminado por Dios para él, su familia y las naciones en las que vivieron. Recordemos una vez más que todos estos sueños que hemos mencionado y que aparecen en el libro de Génesis, son sueños que tienen lugar en el tiempo de dormir, no son buscados por sus protagonistas, proceden directamente de Dios con un propósito definido. Hay otro tipo de sueños que no proceden de Dios sino de nuestra propia cosecha. Esos sueños que a veces recordamos y otras no; que a veces tienen sentido y otras no; que a veces se les puede prestar cierta atención y otras hay que desecharlos sin más; esos sueños no son los que estudiaremos aquí. Para eso hay otras personas. Cuando algún hermano me cuenta un sueño nocturno para saber mi opinión suelo decir que la inmensa

mayoría de nuestros sueños no tienen mayor trascendencia, y si en algún caso el Señor quisiera hablarnos por sueños lo hará de tal forma que tendrán sentido y dirección, además de una marca en nuestros corazones que superará la inmensidad de paja que se lleva el viento la mayor parte de las veces.

En Deuteronomio 13:1-5 encontramos una advertencia muy seria sobre los "soñadores de sueños" que apartan al pueblo de la palabra revelada para adorar otros dioses. Hay profetas que según Números 12:6 Dios les puede hablar por sueños o visiones, pero hay que poner a prueba la veracidad de sus afirmaciones con el resultado de sus mensajes, y el propósito que contienen. Si es para apartarse del camino recto marcado en la Palabra de Dios hay que desecharlo. Si su mensaje contiene revelación divina es necesario obedecerla, pero cómo sabemos eso en un caso y otro. No es fácil a veces. Tenemos muchos ejemplos en la Biblia de esta problemática. Profetas de Dios que no eran obedecidos y falsos profetas que dominaban el ambiente de la nación de Israel. En los escritos del Nuevo Testamento también encontramos muchas advertencias al respecto. Jesús trazó una máxima: "por sus frutos los conoceréis".

El pasaje de Jeremías 23, citado anteriormente, es clave en todo este tema. Deberíamos familiarizarnos con él puesto que expone una problemática muy parecida a la de estos días, donde proliferan personajes que se levantan aquí y allá, produciendo todo tipo de extravagancias en muchas iglesias.

¹³En los profetas de Samaria he visto desatinos; profetizaban en nombre de Baal, e *hicieron errar a mi pueblo* de Israel. ¹⁴Y en los profetas de Jerusalén *he visto torpezas; cometían adulterios, y andaban en mentiras, y fortalecían las manos de los malos, para que ninguno se convirtiese de su maldad; me fueron todos ellos como Sodoma, y sus moradores como Gomorra* (Jer. 23:13-14).

Hay una gran responsabilidad en aquellos que hacen errar al pueblo de Dios. Jesús dijo que mejor les sería colgarse una piedra de molino y tirarse al mar, que hacer caer a uno de estos pequeños. ¿Y por qué hacen errar al pueblo? Porque hablan visión de su propio corazón, hablan con atrevimiento, son muy osados; tienen un mensaje agradable al oído para alimentar a los codiciosos. En lugar de combatir la obstinación y la idolatría del corazón de muchos, les confirman en sus errores diciéndoles que nada malo pasará. Todo irá bien, Dios es bueno y quiere lo mejor para nosotros.

... Os alimentan con vanas esperanzas; hablan visión de su propio corazón, no de la boca de JHWH. ¹⁷Dicen atrevidamente a los que me irritan: JHWH dijo: Paz tendréis; y a cualquiera que anda tras la obstinación de su corazón, dicen: No vendrá mal sobre vosotros (Jer.23:16-17).

La gran carencia de estos profetas es que no estuvieron en el secreto de Dios para oír su palabra para el pueblo, y como el pueblo esperaba en ellos, estos inventaban los mensajes de su propio corazón y su propia imaginación.

¹⁸Porque ¿quién estuvo en el secreto de JHWH, y vio, y oyó su palabra? ¿Quién estuvo atento a su palabra, y la oyó? ... ²¹No envié yo aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, mas ellos profetizaban. ²²Pero si

ellos hubieran estado en mi secreto, habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo, y lo habrían hecho volver de su mal camino, y de la maldad de sus obras (Jer.23:18-22).

El sustituto de la palabra de Dios viene a ser el sueño, la visión vana. Estos profetas al estilo de Balaam, que amaban más el lucro y la posición social que la revelación de Dios, no tenían mensaje, pero había que imaginarlo ¿cómo? con vanas imaginaciones, los sueños carnales, la mentira y el engaño de su corazón.

²⁵Yo he oído lo que aquellos profetas dijeron, profetizando mentira en mi nombre, diciendo: Soñé, soñé. ²⁶¿Hasta cuándo estará esto en el corazón de los profetas que profetizan mentira, y que profetizan el engaño de su corazón? ²⁷¿No piensan cómo hacen que mi pueblo se olvide de mi nombre con sus sueños que cada uno cuenta a su compañero, al modo que sus padres se olvidaron de mi nombre por Baal? (Jer.23:25-27).

Luego, el profeta Jeremías, que sufrió el escarnio de un pueblo que había decidido seguir el error, la mentira y la vanidad; compara, en su alegato contra los falsos profetas, los sueños con la paja, y el trigo con la palabra de Dios.

²⁸El profeta que tuviere un sueño, cuente el sueño; y aquel a quien fuere mi palabra, cuente mi palabra verdadera. ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? dice JHWH. ²⁹¿No es mi palabra como fuego, dice JHWH, y como martillo que quebranta la piedra? ³⁰Por tanto, he aquí que yo estoy contra los profetas, dice JHWH, que hurtan mis palabras cada uno de su más cercano. ³¹Dice JHWH: He aquí que yo estoy contra los profetas que endulzan sus lenguas y dicen: El ha dicho. ³²He aquí, dice JHWH, yo estoy contra los que profetizan sueños mentirosos, y los cuentan, y hacen errar a mi pueblo con sus mentiras y con sus lisonjas, y yo no los envié ni les mandé; y ningún provecho hicieron a este pueblo, dice JHWH (Jer.23:28-32).

Cuando un pueblo se ha entregado a la vanidad de la vida, se ha dejado atrapar por el hedonismo y el relativismo, no tiene oído para oír a los profetas de Dios. Hay ocasiones cuando se traspasan todos los límites posibles para el retorno a la cordura, se atraviesan las lindes que marcan un punto de no retorno para entrar en lo irreversible. Cuando es así, solo el juicio de Dios pone freno a la locura de la desobediencia. El profeta Jeremías vivió en una sociedad marcada por esos derroteros. Una gran parte de su vida fueron lágrimas mientras que la mayoría vivían alegremente y despreocupados; imaginando que sus actos no tendrían consecuencias, hasta que vino destrucción repentina. Una buena parte de la sociedad occidental de nuestros días vive de la misma manera. Creen que se pueden traspasar todos los límites de las leyes morales de Dios; entregarse al desenfreno y las peores aberraciones, creyendo ingenuamente que no tenemos que dar cuenta ante el juicio de Dios. Mientras todo esto ocurre a nuestro alrededor, una buena parte de la iglesia de Dios sigue los mismos patrones de vida; entregada al placer, la autocomplacencia y el sueño que adormece los sentidos espirituales para ver y oír en el secreto de Dios. Si la sal pierde su sabor se vuelve insípida y no sirve para proteger de la corrupción. El alimento se echa a perder mientras consumimos toda clase de basura visual que entra por tantas ventanas: televisión, internet, Ipad, iPhone, Smartphone, etc. Los hijos crecen sin disciplina, se enseñorean de

sus padres, incluso los agreden. Los colegios se llenan de chicos sin respeto a nada ni a nadie. Los padres renuncian a su responsabilidad de educar y disciplinar. Las leyes impías de muchos gobiernos impiden cualquier recuperación de las disciplinas básicas. La justicia se corrompe y se mezcla con la política. Los políticos sin escrúpulos solo piensan en saquear las arcas del estado y no saben lo que es la verdad porque mienten más que hablan. Para que seguir, la lista es demasiado abrumadora. Nos queda el evangelio.

Avanzando en el recorrido bíblico de los sueños llegamos al libro del profeta Daniel. En este libro volvemos a encontrar varios testimonios de sueños y visiones en la vida del rey Nabucodonosor que Daniel interpreta correctamente porque Dios le ha dado entendimiento en toda visión y sueños.

¹⁷A estos cuatro muchachos Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños (Daniel, 1:17).

El mismo Daniel tuvo sueños y visiones sobre el futuro. Algunas de ellas le dejaron perplejo y debilitado, además de no comprender bien muchos de los mensajes que recibía. "Y yo oí, mas no entendí. Y dije: Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas? El respondió: Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin" (Dn. 12:8,9). Aún no había venido el Mesías, el Cordero que venció y le fue dado poder para abrir los sellos cerrados por los que el apóstol Juan lloraba mucho.

¹Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. ²Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? ³Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo. ⁴Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo. ⁵Y uno de los ancianos me dijo: *No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos* (Apc.5:1-5).

Que peligro corremos cuando algo está cerrado y sellado y a pesar de ello queremos abrirlo y exponerlo. De esa manera damos lugar a lo oculto, que toma forma de revelación, y acaba atrapándonos en el hechizo de lo desconocido. Penetrar a los misterios de los últimos tiempos conduce a menudo a forzar las interpretaciones de ciertos textos y confundir a muchos por nuestra presunción e impaciencia. Aunque en las Escrituras tenemos una parte que Dios nos ha dejado ver sobre este tema, sin embargo no hay una exposición definitiva que pueda mostrarnos con claridad el orden fijo de los acontecimientos. Pero queremos más y tenemos una necesidad de competir para ver quién conoce mejor los hechos del futuro; por ese camino encontramos una gran controversia que nos debilita y divide. Por su parte la ciencia está forzando al máximo los límites de lo permisivo y entrando cada vez más en terrenos prohibidos como pueden ser la clonación de seres humanos, crear vida, y entrar así en las cámaras secretas que solo pertenecen a Dios. Si lo que forzamos es la sensibilidad de nuestra mente, manipulamos esas áreas inexploradas de la conciencia y la imaginación podemos encontrarnos con sorpresas desagradables que engendran extralimitaciones de difícil control. La Biblia nos dice que "las cosas secretas

pertenecen a JHWH nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley” (Dt.29:29). Penetrar mas allá de los límites que Dios nos marca en el mundo espiritual nos llevará a perder el control y caer en manos de quién sí controla la oscuridad, el príncipe de la potestad del aire que opera en los hijos de desobediencia. Por ese camino, del que ya fueron advertidos los israelitas en el Pentateuco, damos entrada al culto a los muertos, al esoterismo y el ocultismo, a la acción de los demonios y por tanto a caer lejos de la protección de Dios, extralimitándonos para ser devorados por un mundo que no podremos controlar sino que nos engullirá. “Porque los terafines han dado vanos oráculos, y los adivinos han visto mentira, han hablado sueños vanos, y vano es su consuelo; por lo cual el pueblo vaga como ovejas, y sufre porque no tiene pastor” (Zacarías, 10:2).

Llegados al Nuevo Testamento encontramos cómo Dios avisó en varias ocasiones a José, esposo de Maria, en sueños; primero para que la recibiera como esposa y más tarde para que fueran a vivir a Egipto y luego a Nazaret (cf. Mateo, 1:20,24) (cf. Mateo, 2:13,22). Y así llegamos al cumplimiento de la profecía del profeta Joel cuando dijo: “Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días” (Joel, 2:28,29 con Hechos 2:17). Profecías, sueños, y visiones producidos por la manifestación del Espíritu de Dios. Sobre esto hablaremos en otro capítulo un poco más adelante. Ahora quiero detenerme unos momentos en la carta de Judas donde se habla de “soñadores”.

Los “soñadores” de la carta de Judas

Esta pequeña carta está prácticamente dedicada a denunciar a quienes han mezclado la fe y la sana doctrina con sus ambiciones y codicias para fusionar el evangelio con la impiedad. El tono de la carta es durísimo contra “algunos hombres” (vers.4) que han entrado encubiertamente para convertir en libertinaje la gracia de nuestro Dios. Veamos el recorrido que hace el apóstol sobre estas personas, los calificativos que les atribuye, así como sus formas de vida.

“Hombres impíos” (v.4) que tuercen la libertad del evangelio para sus fines inicuos. De la misma manera como los que no creyeron después de salir de Egipto; de la misma manera como los ángeles que no guardaron su dignidad; de la misma manera como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas que habiendo fornicado he ido en pos de vicios contra naturaleza (léase homosexualidad, lesbianismo); de la misma manera, “estos soñadores” (v. 8) mancillan la carne, rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores, (un mundo desconocido para ellos pero que entran en él con verdadera osadía e ignorancia), exponiéndose así a ser vapuleados por el mundo espiritual de las tinieblas. Han seguido el camino de Caín; el error y el lucro de Balaam; la contradicción de Coré. Son manchas en vuestros ágapes (comidas fraternales), se apacientan a sí mismos. Son murmuradores, querellosos, que andan según sus propios deseos, cuya boca habla palabras infladas, adulando a las personas para

sacar provecho. Andan según sus malvados deseos, causan divisiones, son sensuales y no tienen al Espíritu.

Todas estas manifestaciones y algunas más que no he citado pero que podéis ver en la carta, están presentes en algunas de las congregaciones del primer siglo a través de "algunos hombres que han entrado encubiertamente" (v. 4). "Han entrado", se han infiltrado en la comunión de los santos. Lo santo y lo profano unido. Las obras de luz y las obras de las tinieblas mezcladas en la misma asamblea. La exhortación del apóstol a los llamados, santificados y guardados en Jesucristo es a "contender ardientemente por la fe que ha sido dada una vez a los santos" (v. 2 y 3). Este es un tema serio. Si la gracia se convierte en libertinaje; si la verdad del evangelio se transforma en sueños y vanas imaginaciones; si algunos líderes se apacientan así mismos, usando palabras infladas y adulan a las personas para sacar provecho; si se rechaza la autoridad y se blasfema del mundo espiritual con una apariencia de autoridad espiritual que no es sino un alarde de soberbia, estaremos prostituyendo el mensaje y las obras, el propósito de la congregación de Dios y la manifestación de los hijos del Reino. Acabaremos como los hijos de Esceva. Perderemos el sabor volviéndonos insípidos y peor aún, la casa del Señor, que somos los redimidos, nos habremos vuelto cueva de ladrones.

Haciendo hincapié en este aspecto melodramático no quiero caer en la tentación de ver enemigos en todas partes, dar por malo todo lo que se sale de la ortodoxia muerta, y sembrar el temor en cualquier levantamiento de la fe y la gloria de Dios como se muestra en Isaías 60:1-3. Una actitud infantil nos ha conducido en muchos casos a impedir juzgar ciertos mensajes de ciertos pastores que parecen intocables porque les avala el éxito; y como al resto de pastores se les hace la boca agua de envidia tienen miedo a contradecir lo que parece que funciona. Por esa puerta se nos cuelan todo tipo de inventos, sueños, visiones y sistemas de crecimiento que se apartan del Espíritu de Dios para dar entrada al espíritu de este mundo y sus fines que justifican los medios. La madurez está en separar lo vil de lo precioso, en discernir lo santo de lo profano, en desenmascarar la codicia y las ambiciones personales del sentir que hubo en Jesús. Si Dios te ha dado una obra para llevar a cabo, hazla sin pretender ser el único y que todos los demás tengan que hacer lo mismo que tú. Si Dios te ha mostrado un campo para trabajar, ponte a ello sin levantar un monumento a tu nombre y establecer un negocio familiar con tu familia de única heredera. No confundas tu propia ambición, egoísmo y protagonismo con la visión de Dios, porque la visión de Dios honra a Dios y bendice a los hombres. Somos administradores de la gracia, no patrones de iglesias. Seamos fieles al que nos llamó sin pretender aprovechar nuestra posición para ejercer dominio y enseñorearnos de quienes están puestos a nuestro cuidado. Las ambiciones mundanas nos han invadido, se toleran como algo normal en muchas congregaciones. Pero Jesús dijo "No será así entre vosotros, el que quiera ser el más grande, que sea como el que sirve" (Mateo 20:25-26).

El estado de niñez espiritual de los creyentes nos incapacita para ser útiles en la batalla que está por realizarse. La vida carnal que se alimenta de disputas, rivalidades, envidias, celos, suspicacias, egoísmo, narcisismo, hedonismo, realización personal, la consecución de nuestros sueños, el desarrollo de nuestra propia potencialidad humana, la extensión de nuestro ego en obras aparentemente buenas que tienen como base nuestra

independencia, todo ello solo nos convierte en estorbos para que la voluntad de Dios avance en la tierra, para que el cumplimiento de los planes de Dios encuentren vasos de honra para ser canales de vida y bendición.

La carta del apóstol Judas está dirigida a los llamados, los santificados (llamados fuera) y los guardados en Jesucristo. Se dirige a ellos como "amados". Y al final de la misma vuelve a dirigirse a, "vosotros amados", con estas palabras:

²⁰Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, ²¹conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. ²²A algunos que dudan, convencedlos. ²³A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne. ²⁴Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, ²⁵al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén (Judas 20-25).

Hay una diferencia entre los amados de Dios y los hombres que entran encubiertamente; hombres impíos, soñadores que se apacientan así mismos, que andan según sus propios deseos, que hablan palabras infladas y adulan para sacar provecho. Andan según sus malvados deseos y son los que verdaderamente causan divisiones, que solo piensan en lo terrenal, cuyo dios es su vientre. En muchos casos se califica de causar divisiones a aquellos que exponen los desvaríos de algunos líderes al estilo de los que habla la carta de Judas. Si no podemos contradecir y oponernos a los Diótrefes (cf. 3 Jn. 9,10) que se enseñorean de la grey de Dios y se levantan como dominadores del pueblo al estilo de la doctrina de los nicolaítas (cf. Apc.2:6,15) entonces hemos llegado a la paralización de la justicia a favor de la injusticia, a confundir la luz con las tinieblas y poner lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo (cf. Isaías, 5:20).

Veamos ahora otra variante de este tema que tiene que ver con las visiones, lo que vemos.

Sueños y visiones ¿cuál es la diferencia?

El profeta Joel habló de un día cuando se derramaría el Espíritu Santo sobre toda carne, ya no solo sobre profetas, reyes y sacerdotes, sino en una dimensión nunca antes vista. Algunas de las características de esas manifestaciones multitudinarias serían una proliferación de los sueños, las visiones y las profecías. El apóstol Pedro relacionó esos días con el derramamiento del Espíritu Santo que tuvo lugar el día de Pentecostés. Ya hemos visto ampliamente lo que queremos decir con sueños, veamos ahora el tema de las visiones. A veces una visión puede darse en medio de un sueño nocturno, sin embargo lo general es que las experiencias de visiones se den en un estado de consciencia. Cuando hablamos de visiones hablamos de ver, visualizar, percibir y estas experiencias pueden darse sobre tres bases distintas: Una visión del Espíritu de Dios, una visión de nuestra propia imaginación en el ámbito del alma, que puede ser buena humanamente hablando o producida por la concupiscencia de la carne. La tercera forma de visión es la que procede del espíritu de este mundo, es decir, de las

tinieblas. ¿Qué es lo que prueba un sueño o visión? La palabra de Dios. ¿Quién puede revelar las visiones o los sueños de Dios? El Espíritu de Dios.

¹⁰Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. ¹¹Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. ¹²Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, ¹³lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. ¹⁴Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. ¹⁵En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. ¹⁶Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Más nosotros tenemos la mente de Cristo (1 Co.2:10-16).

La tentación de nuestros días es confundir las visiones de nuestros propios deseos o ambiciones al estilo mundano de hacer las cosas, con las visiones que nacen del Espíritu de Dios y tienen la fuerza de Dios para sostenerse y abrirse camino a pesar de la oposición o falta de apoyo de otras personas. Cuando necesitamos manipular, exagerar, coaccionar o presionar a otros para que adopten nuestras visiones o sueños estamos probando que no tienen la fuerza del Espíritu de Dios, y si dejamos de trabajar con todas las fuerzas de nuestro ser en ello se caen y derrumban como un cuerpo muerto. Lo que ha nacido de Dios vence. Lo que nace del Espíritu de Dios tiene la fuerza de Dios para impulsarse a pesar de la soledad del profeta en muchos casos. Lo que es obra de la carne, carne es y como tal necesitará el apoyo carnal para llevarse a cabo, cuando este falta el nerviosismo aparece en sus patrocinadores y las presiones sobre otros se acumulan para llenar de cargas las espaldas de muchos creyentes de buen corazón.

Podemos perseguir sueños propios o de otros como el que corre detrás del viento. Una cosa es recibir una visión de Dios en nuestro corazón, y otra distinta comprar sueños en una conferencia de "soñadores". No puedo imaginar a José, el hijo de Jacob, edificar un ministerio para enseñar a sus alumnos como recibir sueños de Dios, sueños grandes de llegar a ser grande en la política de Egipto, y al final de cada clase acabar con estas palabras: "de la misma manera que Dios lo ha hecho conmigo lo hará con vosotros, porque Dios no hace acepción de personas". ¿Es cierto que Dios le dio sueños a José? Si. ¿Podemos tener todos los demás los sueños de José? No. ¿Los principios en la vida de José son válidos para nosotros? Si, si es la voluntad de Dios. No, si surge de la envidia de ser y hacer como José. Con todo esto que quiero decir. Sencillamente que a menudo simplificamos y generalizamos todo de tal forma que olvidamos que es el Espíritu de Dios quién reparte como Él quiere, esa es la enseñanza sobre el cuerpo del apóstol Pablo en su primera carta a los corintios.

Recuerdo una reunión de oración entre colaboradores del trabajo evangelístico que estábamos llevando a cabo en la provincia de Toledo. Varios de los hermanos eran suecos y teníamos a uno de ellos que estaba ministrando la palabra entre nosotros. Uno de los hermanos suecos pidió oración por un asunto personal, lo hizo en esa lengua por lo que los

españoles no nos enteramos de la petición. Cuando estábamos orando en círculo por la familia tuve una visión en mi interior. Vi un feto en el vientre de la mujer del hermano que había pedido oración. Lo dije en voz alta: estoy viendo un feto. Los hermanos suecos confirmaron que la petición era precisamente para tener un hijo; la pareja por la que orábamos estaban casados hacía algunos años y aún no tenían descendencia. Al poco tiempo esta familia tuvo su primer hijo varón de nombre Samuel. Lo paradójico es que mi mujer y yo tampoco teníamos hijos después de varios años casados. Mi esposa me decía a ver cuando tenía una visión de su propio embarazo. Y llegó, en el momento propicio. En otra reunión de oración a solas con mi mujer, fui orando y viendo el desarrollo de su embarazo hasta el nacimiento de nuestro primer hijo. Lo vi hasta el momento cuando ya andaba por la casa. Por tanto, creo en las visiones de Dios, en ver lo que Dios quiere que veamos, pero es inevitable que nuestra vista nos juegue malas pasadas. Jesús dijo: "La lámpara del cuerpo es el ojo; cuando tu ojo es bueno, también todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es maligno, también tu cuerpo está en tinieblas" (Lucas 11:34).

Un buen ojo

Las Escrituras nos enseñan que existe una conexión entre lo que ven nuestros ojos y la salud integral de todo nuestro ser. La visión que tenemos afecta a nuestro interior con luz o tinieblas, vida o muerte. Podemos resumirlo diciendo que visión es ver, tener visión es ver algo; ahora bien, lo que vemos y la fuente de donde procede determina el resultado de la visión para luz o tinieblas. El libro del Génesis nos muestra esta verdad en toda su crudeza. Satanás conocía esta relación entre: visión-deseo-acción. La visión de lo que vemos forma imágenes, que a su vez se traducen en deseos de poseer lo que vemos, y que culminan en las acciones correspondientes. Esta verdad opera tanto en el reino de la luz como en el dominio de las tinieblas. Jesús lo dijo, si el ojo es bueno habrá luz; pero si mira y persiste en lo que es malo se llenará de tinieblas. Eva fue atraída maliciosamente hacia lo prohibido. El diablo sembró expectativas maravillosas del mundo oculto para el ser humano. Le dijo a Eva: "No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él [el árbol de la ciencia del bien y del mal], *serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal*" (Gn.3:5). Esas palabras entraron como puñales en la mente de Eva y empezó a tener imágenes de ese mundo oculto, desconocido, ejerciendo además una autoridad de dioses. O sea, la oferta contenía la gran mentira de llegar a ser dueños y dominadores ("*seréis como Dios*") de mundos desconocidos ("*serán abiertos vuestros ojos*"). El mensaje formó una visión interior en Eva que pronto encontraría su conexión con el mundo físico. "Y vio la mujer que el árbol *era bueno* para comer y que *era agradable a los ojos*, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y *tomó* de su fruto y *comió*; y *dio* también a su marido; el cual comió así como ella" (Gn.3:6). Así abrieron la puerta al ocultismo. De esta forma entraron las tinieblas a formar parte del ser humano y así perdió su gloria la creación más elevada de Dios. Ahora bien, el camino de regreso a la dignidad y gloria perdida viene también por una mirada de fe al Gólgota (cf. Juan 3:14,15 con Números 21:8,9), al poner los ojos y la fe en Jesús.

La Biblia nos habla de ojos físicos y ojos espirituales. Ambas visiones

producen alteraciones que afectan positiva o negativamente a nuestra vida. Lo que vemos físicamente influye en nuestro interior, y la visión interna afectará la orientación de los ojos naturales. Las Escrituras nos muestran cómo esta verdad operó para muerte y maldición en unos casos; y para vida y bendición en otros. El uso que hacemos de nuestros ojos (físicos y espirituales) llenará todo nuestro ser de luz o tinieblas.

Si tu ojo es malo

La caída en pecado de los primeros seres humanos que acabamos de mencionar nos muestra que Dios le dijo al hombre que no tomara y comiera del árbol de la ciencia del bien y del mal (cf. Gn.2:16-17). No le dijo que no lo mirara, si no que no comiera. El árbol estaba delante de ella y seguro que en muchas ocasiones lo había mirado, eso no fue lo malo, sino que Eva se dejó poseer de imágenes, manipuladas por las palabras de la serpiente, que la llevaron a un deseo incontrolado de comer y comprobar las maravillas del mensaje diabólico: "*no moriréis... seréis como Dios*". Después de este proceso interior, la visión exterior de Eva cambió; y lo que antes había mirado sin más, ahora lo veía con codicia, su atractivo tenía un ingrediente nuevo: la semilla de la naturaleza corrompida del diablo. Entonces la codicia le venció y actuó independientemente de la Palabra del Creador. Este camino es el que hemos recorrido todos los seres humanos después de Adán y Eva. Esta verdad es tan contundente que está en acción en nuestra sociedad actual de forma continuada. "Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte" (Stg. 1:14-15).

El caso de Acán. "Y Acán respondió a Josué diciendo: Verdaderamente yo he pecado contra JHWH el Dios de Israel, y así y así he hecho. *Pues vi* entre los despojos un manto babilónico muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un lingote de oro de peso de cincuenta siclos, *lo cual codicié y tomé*; y he aquí que está escondido bajo tierra en medio de mi tienda, y el dinero debajo de ello" (Josué, 7:20-21). Este suceso que tuvo a Acán como protagonista por tomar del anatema (lo maldecido que no debe tocarse sino destruirse), produjo perturbación en el camino victorioso del pueblo de Israel hacia la conquista de Canaán. El proceso que llevó a este pecado trágico fue el siguiente: "Pues *vi* entre los despojos un manto babilónico muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un lingote de oro... *lo cual codicié y tomé*; y he aquí que está escondido bajo tierra en medio de mi tienda". Vi-codicié-tomé, esta es la secuencia que se repite una y otra vez. Se dice que una de las estrategias comerciales que emplean las grandes superficies de ventas es cambiar a menudo los productos de lugar, -lo cual siempre me indigna porque somos tratados como "marionetas"-, con el propósito de que podamos ver nuevas cosas en nuestra búsqueda de lo que realmente necesitamos. De esa forma, al ser desorientados por los cambios, acabamos viendo otros productos que en nuestra rutina semanal no veríamos, siendo expuestos a su consumo.

La gran mancha en la vida del rey David. "Y sucedió un día, al caer la tarde, que se levantó David de su lecho y se paseaba sobre el terrado de la casa real; y *vio* desde el terrado a una mujer que se estaba bañando, la cual *era muy hermosa*. Envió David a preguntar por aquella mujer, y le dijeron: Aquella es Betsabé hija de Eliam, mujer de Urías heteo. Y envió

David mensajeros, y la tomó; y vino a él, y él durmió con ella. Luego ella se purificó de su inmundicia, y se volvió a su casa. Y concibió la mujer, y envió a hacerlo saber a David, diciendo: Estoy encinta” (2 Sam.11:2-5). El pecado del rey David con Betsabé tuvo el mismo proceso que estamos viendo. Vio a una mujer hermosa, se recreo en esa mirada y concibió deseos de poseerla. Cuando la lujuria de disfrutar a una mujer que no le pertenecía se apoderó de él, quedó tan atrapado que de nada le sirvieron las bases sólidas de su vida en comunión con Dios y su conocimiento de las Escrituras que prohibían tal acción. Todos los principios de su vida quedaron neutralizados ante tal hechizo. Ese fuego incontrolable tuvo su origen en una mirada, no casual, ni pasajera, sino una mirada sostenida, alimentada y amplificada por imágenes interiores de placer físico y afectivo. Vio-codició-tomó.

En estos tres ejemplos podemos ver que todo nuestro ser (espíritu, alma y cuerpo) puede recibir ataques destructivos penetrando a través de nuestros ojos. En Eva vemos el ataque a la vida espiritual, la relación con Dios y la entrada al mundo del ocultismo. En Acán vemos como la codicia por las cosas materiales nos conduce a la derrota (personal y colectiva) y a la muerte. En David encontramos la trampa del alma enlazada por deseos sensuales y afectivos ilícitos. En todos ellos hay elementos comunes en el proceso degenerativo que conducen a una actitud de independencia hacia Dios y Su Palabra. El amor a Dios y al mundo -con sus deseos- son incompatibles. “Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1Jn.2:16-17).

Si tu ojo es bueno

La diferente visión de Abraham y Lot. “Y JHWH dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: *Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada. Levántate, ve por la tierra a lo largo de ella y a su ancho; porque a ti la daré. Abram, pues, removiendo su tienda, vino y moró en el encinar de Mamre, que está en Hebrón, y edificó allí altar a JHWH”* (Gn.13:14-18). Hubo un momento en la sociedad que formaban Abraham y Lot cuando tuvieron que tomar la decisión de separarse porque la tierra no era suficiente para que habitasen juntos (cf. Gn. 13:6). En esos momentos la visión de cada uno se puso a prueba. Lot alzó sus ojos y vio toda la llanura del Jordán (cf. Gn. 13:10). Escogió según lo que vieron sus ojos, fue guiado por el informe natural de su vista. Sin embargo, de Abraham dice la Escritura que recibió orden de Dios de alzar sus ojos y mirar desde el lugar donde estaba, y toda la tierra que viera el Señor se la daría a él y su descendencia para siempre (cf. Gn. 13:14-15). Abraham vio lo que Dios le dijo que viera, Lot vio lo que tenía delante de sus ojos. La visión de Abraham fue en aumento y se ensanchó (cf. Gn.15:5ss.), la visión de Lot se extinguió y perdió todo lo que tenía, sólo pudo salvar su vida y la de sus hijas (cf. Gn. 19:17,30). Dios le enseñó a Abraham el secreto de “ver” partiendo de su vista física y del mundo físico, para penetrar a realidades espirituales mucho más elevadas. Le dijo: Mira las estrellas, así será tu descendencia (cf. Gn. 15:5). También le habló de

que su descendencia sería como la arena del mar (cf. Gn.22:17). Este es uno de los grandes secretos de la vida de fe: ver lo que Dios quiere que vea, para obtener lo que Él quiere que tenga. Cuando estamos viendo lo que Dios nos ha prometido en Su palabra no debemos dejar que el ojo natural dirija nuestras vidas, sino la fe que alimenta la visión de Dios. Esta verdad, -que se presta a la mezcla codiciosa del hombre carnal con suma facilidad-, siempre parte de la voluntad de Dios, el origen está en Dios y no en nosotros mismos. Estamos hablando de sueños de Dios, visiones del Espíritu; en muchas ocasiones sin que siquiera hayamos imaginado nada.

Sara imaginó una solución al problema de su esterilidad y concibió la idea de que su marido se llegara a la sierva Agar. Abram accedió y de esa forma nació Ismael, el hijo de la carne (cf. Gn. 16:1-4). De esa anticipación a la promesa de Dios surgió un conflicto que llega hasta nuestros días entre Ismael e Isaac, el hijo de la carne y el hijo de la promesa. Cuando se rompen los diques del temor de Dios aparece la osadía de la presunción. Inventamos soluciones que agravan la situación. El rey Saúl se anticipó a la llegada del profeta Samuel y ofreció el holocausto que no le tocaba hacer a él. Puso sus manos donde nunca tenía que haberlas puesto; se metió en un terreno que no era el suyo y con ello puso las bases para el fracaso, la derrota y la ruina del pueblo (cf. 1 Samuel 13:8-14). Muchos predicadores de hoy están tan deseosos de triunfar que han cambiado el temor de Dios por la presunción y la soberbia. Sueñan, sueñan y sueñan y dicen: "si un sueño muere, sueña otro". El profeta Samuel le dijo al incipiente rey Saúl: "Locamente has hecho". Este tipo de locuras y otras similares llevan a mucho pueblo a la dispersión y la decepción. El evangelio sufre pérdida, pero nosotros estamos tan poseídos por "nuestros sueños y visiones" que perdemos toda sensibilidad y nos entregamos con avidez a cometer toda clase de impurezas. Hay que conseguir la realización de nuestros sueños y visiones a cualquier precio, aunque destrocemos la vida de muchos que durante mucho tiempo nos han sido fieles servidores creyendo servir al Señor de la iglesia.

Lo que veía Jeremías. "La palabra de JHWH vino a mí, diciendo: *¿Qué ves tú, Jeremías?* Y dije: *Veo una vara de almendro.* Y me dijo JHWH: Bien has visto; porque yo apresuro mi palabra para ponerla por obra. Vino a mí la palabra de JHWH por segunda vez, diciendo: *¿Qué ves tú?* Y dije: *Veo una olla que hierve; y su faz está hacia el norte.* Me dijo JHWH: Del norte se soltará el mal sobre todos los moradores de esta tierra" (Jer.1:11-14). En este pasaje el Señor le da a Jeremías dos mensajes proféticos a través de ver cosas físicas: una vara de almendro y una olla que hierve. Partiendo de aquí, el profeta recibe revelaciones sobre el futuro de Israel. Un futuro no muy positivo. "Del norte se soltará el mal sobre todos los moradores de la tierra". Se refiere a la tierra de Israel, al pueblo de la promesa. Un mensaje tan negativo sería impensable para muchos de los predicadores modernos que solo profetizan lo que el pueblo quiere oír: paz y prosperidad, como los deseos navideños de cada año. Los sueños y las visiones de Dios no siempre son para ser grandes y exitosos. Si el pueblo vive lejos de Su voluntad los verdaderos profetas anuncian el juicio de Dios, la disciplina de Dios sobre su congregación. Pero parece que algunos solo piensan en positivo; son más positivos que Dios mismo; ignoran el pecado del hombre, la naturaleza caída y carnal, solo quieren hablar lo que el oído quiere oír, por tanto, han sido desechados, aunque se mantengan en su pequeños reinos de taifas como dominadores. Eso sí, algunos están dispuestos a

lanzar juicios y maldiciones execrables contra todos aquellos que no se sometían a “sus visiones y sueños”, entonces si son valientes para maltratar a los disidentes y golpearlos hasta su desaparición. No toleran la más mínima crítica o contradicción porque ello estropea sus ensoñaciones y pone en riesgo su modelo de obstinación en el error. Muchos, como Saúl, comienzan bien, pero se tuercen en algún momento y la obstinación les impide el arrepentimiento que pueda reconducir sus vidas y servicio.

Uno de los puntos clave en mi conversión fue la imagen de un Nuevo Testamento de bolsillo. Caminaba de la mano con mi novia por la ciudad donde nacimos cuando de pronto vimos un pequeño puesto de libros. Nos acercamos y entre todos los que allí se exponían me fijé en un pequeño ejemplar del Nuevo Testamento. Estuvimos un rato ojeando el puesto que la iglesia evangélica de Salamanca tenía en una de las céntricas calles de la ciudad. Ese día no compramos nada, pero la imagen del pequeño NT se me quedó grabada y viví con ella hasta el día siguiente cuando volvimos al mismo lugar para reencontrarnos con ese libro y comprarlo. Los hermanos fueron muy amables y me dieron también una invitación para hacer un sencillo curso Bíblico por correspondencia. Ese Nuevo Testamento aún lo tengo en casa desde hace más de 32 años que lo compré. Lo llevé a la mili guardado en el bolsillo de la camisa y allí comencé a leerlo y hacer el curso Bíblico por correspondencia que durante tanto tiempo han dirigido Daniel Gonzalez, su esposa Carmen y Marta desde Barcelona. Cuando leía sus palabras mi corazón quedaba atrapado y consolado por la vida que transmitían a mi alma y espíritu. Ese NT fue la clave en mi conversión. Todo había comenzado con una imagen, una mirada que activó en mi interior el anhelo por las palabras de vida eterna. Estoy seguro que todos podemos contar experiencias similares de la importancia que ciertas imágenes han tenido en nuestras vidas.

El inquietante testimonio del profeta Micaías

Desde hace años he podido ver el paralelismo de este episodio que ahora quiero comentar con la práctica de ciertos líderes e iglesias de nuestro tiempo. Lo encontramos en 1 Reyes 22:1-40 y en 2 Crónicas 18:1-34. La secuencia de los hechos narra el episodio en el que el rey de Israel, Acab, quiere recuperar la ciudad de Ramot de Galaad de manos de los sirios que la habían conquistado con anterioridad. Pide ayuda al rey de Judá, Josafat, y ambos llaman a la compañía de profetas afines a lo políticamente correcto. Todos ellos, unos cuatrocientos profetas, consultados por el rey dan el siguiente mensaje: “Sube, porque JHWH la entregará en mano del rey”. Josafat preguntó si había algún otro profeta para consultar, fue entonces cuando trajeron a Micaías, que al parecer estaba en la cárcel por anteriores mensajes impopulares. Al ser conducido delante de los reyes le informaron lo que la mayoría de profetas estaban anunciando en sus mensajes: prosperidad, cosas buenas y buen éxito. Era un “culto de avivamiento”. Todos con frenesí anunciaron el éxito de la empresa. Había consenso, un mismo sentir, una sola voz, pero falsa. El profeta solitario y encarcelado quiso sarcásticamente sumarse a la fiesta en un principio anunciando lo mismo: “Sube, y serás prosperado, y JHWH la entregará en mano del rey”. Pero Acab se dio cuenta que había ironía en sus palabras por lo que volvió a preguntar.

¹⁶Y el rey le dijo: ¿Hasta cuántas veces he de exigirte que no me digas sino la verdad en el nombre de JHWH? (1 R.22:16).

Y ahora viene la visión que había tenido el profeta Micaías, muy distinta a la de la mayoría de sus colegas.

¹⁷Entonces él dijo: *Yo vi* a todo Israel esparcido por los montes, como ovejas que no tienen pastor; y JHWH dijo: Estos no tienen señor; vuélvase cada uno a su casa en paz (1 R.22:17).

A partir de ese momento surge la gran pregunta: ¿A quién creer? ¿A los cuatrocientos profetas que anuncian cosas buenas, exitosas y prósperas; o por el contrario al solitario y aguafiestas que anuncia una derrota clara y la dispersión del pueblo? Y ahora viene lo más sorprendente. Micaías ha tenido otra visión, y en ella se le aclara el motivo por el cual todos los profetas del rey Acab han sido inducidos al error por Dios mismo.

¹⁸Y el rey de Israel dijo a Josafat: ¿No te lo había yo dicho? Ninguna cosa buena profetizará él acerca de mí, sino solamente el mal. ¹⁹Entonces él dijo: Oye, pues, palabra de JHWH: *Yo vi* a JHWH sentado en su trono, y todo el ejército de los cielos estaba junto a él, a su derecha y a su izquierda. ²⁰Y JHWH dijo: ¿Quién inducirá a Acab, para que suba y caiga en Ramot de Galaad? Y uno decía de una manera, y otro decía de otra. ²¹Y salió un espíritu y se puso delante de JHWH, y dijo: Yo le induciré. Y JHWH le dijo: ¿De qué manera? ²²El dijo: Yo saldré, y seré espíritu de mentira en boca de todos sus profetas. Y él dijo: Le inducirás, y aun lo conseguirás; ve, pues, y hazlo así. ²³Y ahora, he aquí JHWH ha puesto espíritu de mentira en la boca de todos tus profetas, y JHWH ha decretado el mal acerca de ti (1 Reyes 22:18-23).

Ahora encontramos otro dilema teológico. ¿Cómo es posible que haya sido el mismo Dios quién ha permitido la acción de un espíritu de error en boca de los profetas de Israel? Cuando vivimos en desobediencia, obstinados en el error, Dios mismo nos deja seguir como le dejó ir a Balaam para maldecir a Israel por indicación de Balac. El padre del hijo pródigo dejó salir de su casa al hijo emancipado, incluso le dio los bienes de la herencia para que los malgastara viviendo bajo el sistema de este mundo. Hemos visto antes que cuando el hombre se endurece en su corazón y cambia la verdad de Dios por la mentira; habiendo conocido a Dios, no le glorifica como a Dios ni le da gracias; cambia la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible (el humanismo), entonces Dios los entrega a la inmundicia, a pasiones desordenadas y a una mente reprobada para hacer cosas que no convienen (*cf.* Ro.1:18-32). El mismo apóstol lo vuelve a enseñar en la segunda carta a los tesalonicenses hablando del inicuo que aparece en un entorno donde no se recibe la verdad para ser salvos, entonces abren la puerta para que entre un poder engañoso y crean la mentira. Podemos creer mentiras con toda la convicción del mundo, incluso morir por ellas, pero eso no las hace verdad.

⁹inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, ¹⁰y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. ¹¹Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, ¹²a fin de

que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia (2 Tes. 2:9-12).

Llegados a este punto solo el arrepentimiento al estilo del hijo pródigo nos devolverá a la casa del Padre. No siempre es posible, en ocasiones podemos atravesar todos los límites y oportunidades que nos da el Señor para rectificar, pero si las sobrepasamos nos endurecemos al punto de no retorno. Es el caso del rey Saúl, del traidor Judas o del profano Esaú, que después de menospreciar la primogenitura quiso heredar la bendición y fue desechado, "y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque lo procuró con lágrimas" (Hebreos, 12:16,17). No podemos jugar con fuego extraño. Dios es fuego consumidor, pero la teología moderna presenta un dios permisivo, adaptado a los tiempos de relativismo moral, a una bondad engañosa que justifica el pecado y absuelve al pecador sin la obra expiatoria de Jesús. La justicia de Dios no puede ser burlada. Su misericordia es nueva cada mañana para aquellos que se arrepienten a tiempo, y hablo no de los inconversos, sino de aquellos que "fueron iluminados y gustaron el don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio" (Heb. 6:3-6).

Cuando Micaías contó su visión se le acercó Sedequías, uno de los profetas que anunciaban éxito, prosperidad y victoria "y golpeó a Micaías en la mejilla, diciendo: ¿Por dónde se fue de mí el Espíritu de JHWH para hablarte a ti?" (1 R.22:24). Este Sedequías estaba convencido de hablar de parte del Espíritu de Dios, aunque su carácter violento le traicionó. Hay los que solo pueden mantener sus visiones a golpes, con palabras violentas y amenazando a quienes no las apoyan, esa es una prueba de que el Espíritu de Dios realmente no está. Centran sus luchas contra los que tienen otra visión de las cosas. Tienen como prioridad máxima la "eliminación" del disidente. En el caso que nos ocupa los resultados vinieron pronto. La derrota de Israel fue un hecho tal y como había anunciado el profeta de Dios, aunque le tocó vivir aún un tiempo de ser "mantenido con pan de angustia y con agua de aflicción" (1R.22:27). No siempre las consecuencias se ven tan rápidamente. En ocasiones no hay más remedio que salir al destierro. Durante un tiempo largo se establece el error como forma de vida, pueden incluso pasar generaciones enteras como en el caso del pecado de Jeroboam. Pecado que se va traspasando de generación en generación a través de la fuerza de las tradiciones y que solo culmina el día del juicio. Claro que podemos caer en el otro extremo: magnificar estos ejemplos en negativo y aplicarlos en todo momento y lugar, quedando paralizados por el temor a equivocarnos. En la Biblia encontramos modelos en ambos lados; la parcialidad se produce cuando solo queremos ver los episodios que confirman nuestra posición y olvidarnos de lo demás. Vivir y andar en el Espíritu requiere sometimiento al Espíritu y la voluntad de Dios y no conformarnos al sistema de este mundo tomando su forma. La cruz de Jesús y nuestra crucifixión con él siempre será el lugar donde encontraremos descanso, verdad y libertad. La iglesia de hoy necesita hacer suya la oración del apóstol Pablo por los efesios: "Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro

entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza... cuales las riquezas..., y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza" (Efesios, 1:17-19). Y como nuestro modelo es Jesús, sepamos donde tenía Jesús puesta su mirada, cuál era la visión del Maestro.

Lo que veía Jesús

Volvamos a leer el pasaje donde Jesús enseña la importancia de tener un buen ojo, dice así:

"Nadie pone en oculto la luz encendida, ni debajo del almud, sino en el candelero, para que los que entran vean la luz. La lámpara del cuerpo es el ojo; cuando tu ojo es bueno, también todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es maligno, también tu cuerpo está en tinieblas. Mira pues, no suceda que la luz que en ti hay, sea tinieblas. Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo parte alguna de tinieblas, será todo luminoso, como cuando una lámpara te alumbrará con su resplandor" (Lucas 11:33-36).

La Lámpara del cuerpo es el ojo. Si la lámpara es buena veremos bien, si fuera mala nuestra visión se distorsionará. En ocasiones usamos la expresión, "depende de los ojos con que lo mires", para llegar a un punto de entendimiento con otras personas. Es decir, si miramos con los mismos ojos veremos lo mismo; si lo vemos con visiones opuestas llegaremos a la contienda. ¿Cuáles son los ojos buenos? Sin lugar a duda los de Dios; los pensamientos de Dios; Su palabra debe guiar nuestra visión. "Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo JHWH. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos" (Is.55:8,9). "Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino" (Sal. 119: 105). En el Nuevo Pacto Dios coloca esos ojos en nuestro espíritu por medio de Su Espíritu para guiarnos a Su voluntad, Sus visiones, Sus obras, Sus caminos (*cf.* Pr.20:27) (*cf.* Ez.36:26-27) (*cf.* 1Co.2:12). *El ojo bueno* trae luz sobre todo el cuerpo; produce vida y sanidad y conoce la voluntad de Dios. *El ojo malo* atrae las tinieblas sobre todo el ser, produce engaños, tristeza, depresión, inseguridad, enfermedad y confusión. No podemos menospreciar las advertencias de Jesús y dejar vagar nuestra mirada de forma indisciplinada, puesto que existe un reclamo continuo para captar nuestra atención visual y hacernos caer de nuestra firmeza. Captemos la visión de Jesús. Jesús es nuestro equilibrio en todo campo de nuestra vida. Él vivió una vida de visión clara y nunca se apartó de ella. Cuando el Maestro les dijo a sus discípulos: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres" (Mt.4:19), les estaba dando las claves para el éxito según Dios. En la expresión "venid en pos de mí" está implícito en el original el siguiente mensaje: "tened mi visión, usar mis métodos". Pues bien, la pregunta es sencilla ¿Cuál era la visión de Jesús? ¿Dónde ponía su mirada? Veamos algunos ejemplos:

1. *En los futuros discípulos.* "Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores. Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Ellos entonces, dejando al instante las

redes, le siguieron. Pasando de allí, *vio* a otros dos hermanos, Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, en la barca con Zebedeo su padre, que remendaban sus redes; y los llamó” (Mateo 4:18-21).

2. *En las multitudes.* “Viendo la multitud, subió al monte... y abriendo su boca les enseñaba” (Mt. 5:1). “Y *al ver las multitudes*, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor” (Mt.9:36). “Y saliendo Jesús, *vio una gran multitud*, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos” (Mt. 14:14). La visión de Jesús es una visión de multitudes para enseñar, de enviar a sus obreros a suplir sus necesidades y sanarlas.

3. *En la cosecha.* Esa visión fue la que transmitió a sus discípulos cuando les dijo: “¿No decís vosotros: aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega” (Juan, 4:35).

4. *Los enfermos y necesitados.* “Vino Jesús a casa de Pedro, y *vio* a la suegra de éste postrada en cama, con fiebre. Y tocó su mano, y la fiebre la dejó; y ella se levantó, y les servía” (Mt.8:14). “Al pasar Jesús, *vio* a un hombre ciego de nacimiento...” (Jn.9:1).

5. *Los que tienen fe.* “Y sucedió que le trajeron un paralítico, tendido sobre una cama; y *al ver Jesús la fe de ellos*, dijo al paralítico: Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados” (Mt.9:2).

6. *Las cosas de arriba: El cielo.* “Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque *no pones la mira en las cosas de Dios*, sino en las de los hombres” (Mateo, 16:22,23).

7. *Las cosas de arriba: la voluntad del Padre.* “Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino *lo que ve hacer al Padre*; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente” (Jn. 5:19). “*Yo hablo lo que he visto cerca del Padre*; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre” (Jn. 8:38).

En síntesis podemos decir que la visión de Jesús era hacer la voluntad del Padre. Él enfatizó una y otra vez que había venido para hacer la voluntad del Padre, que esa era su comida: hacer la voluntad del que le envió y acabar su obra. Y la cumplió en su plenitud. Al orar al Padre antes de encarar la cruz dijo: “Padre, te he glorificado en la tierra y he acabado la obra que me diste que hiciese” (Jn. 17:4). Este es el secreto para una vida con visión equilibrada en la tierra: poner la mirada en las cosas de arriba (cf. Col.3:1-4). Este fue también el éxito de Moisés; escogió el llamamiento divino antes que las riquezas del mundo, porque su mirada espiritual se conectaba con los resultados eternos de servir a Dios y no con los deleites temporales del pecado (cf. Heb. 11:24-26). En la nueva vida en Cristo hay también una nueva visión para vivir abandonando los viejos hábitos pecaminosos de nuestros ojos. “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais

muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo *en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos*, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo..." (Efesios 2:1-5).

Mi sueño cumplido

Nací en el seno de una familia humilde en el pueblo de Macotera, provincia de Salamanca. Vi la luz a este mundo por primera vez en el año 1959. Tiempos de hambre en España. Aunque en algunos lugares de nuestro país ya estaba comenzando a verse un cambio económico. Después de la guerra civil y la postguerra con sus años de hambre que la siguieron, en nuestro pueblo todavía no se veían esos cambios. Uno de mis hermanos mayores me ha contado que en ocasiones iban por la calle buscando rodajas de naranja para comérselas. Yo mismo sufrí raquitismo por la falta de una buena alimentación. Viví los tres primeros años en nuestro querido pueblo en medio de unas condiciones difíciles. Con esa edad salimos del pueblo y fuimos a vivir a la capital. Mi primer recuerdo existencial lo tengo grabado y marcado con total nitidez, fue ese viaje que hicimos toda la familia en un pequeño camión que transportaba los pocos enseres familiares y a los seis miembros de la familia. Éramos una familia de cuatro hermanos varones, el quinto nació algunos años más tarde en Salamanca. Los primeros años en la ciudad del Tormes tampoco fueron holgados. Mi padre trabajaba en la construcción en ese tiempo y mi madre en casa: nos hacía los pantalones, los jerséis, las camisas. Teníamos una ropa de lunes a sábado y el domingo otra para ir a misa. Comíamos todos los días cocido, sí, todos los días de la semana excepto el domingo que comíamos arroz con pollo. Eso durante años. Nos daban en el colegio de los jesuitas, -donde hice mis estudios primarios-, a todos los niños una botella de leche en botellín usado de la cerveza Mahón. Estábamos obligados a beberla aunque le hacíamos ascos muchos de nosotros. Poco más tarde cambiaron a una botella embasada con tapón de aluminio plateado que tenía mucho mejor aspecto y sabor, los chicos nos peleábamos por ella. Estos años iniciales en la capital charra fueron duros. Solo entraba en casa el pequeño sueldo de mi padre para una familia de seis miembros. Las condiciones eran muy difíciles. En casa había una gran presión por sobrevivir y abrir camino que generaban tensiones continuas por la intransigencia e inconformismo de mi madre, así como la pasividad e indolencia de mi padre. Eso se traducía en discusiones insoportables para mi alma infantil. Mi padre, aficionado al vino, a veces llegaba a casa un tanto alegre y como reacción a la lengua descontrolada de mi madre la golpeaba. Mi corazón se rompía en mil pedazos. En esas condiciones, teniendo entre seis y diez años, mi solaz eran los momentos antes de dormir. Por cierto, dormíamos dos hermanos en cada cama, y en las noches de invierno salmantino mi madre nos ponía encima todos los abrigos que había en la casa para estar bien arropados. Pues bien, en ese

tiempo anterior a la caída del sueño profundo, soñaba despierto. Imaginaba una familia feliz. Veía el salón de una casa donde estaba sentado en el sofá al lado de mi mujer. Nuestros hijos revoloteaban alrededor y la armonía reinaba en la atmósfera. Yo sentía un gran cariño por mi mujer y mis hijos. Con esos pensamientos entraba en la profundidad del sueño muchas noches. Ese era mi sueño de niño. Debo decir que lo he recordado en muchas ocasiones como un sueño cumplido. Mi mujer y yo llevamos casados casi treinta años, tenemos tres hijos y en muchas ocasiones disfrutamos de esa armonía que soñé de niño. Claro que no siempre es así, pero en nuestra familia ha predominado la preferencia por la paz antes que la ambición económica.

Recuerdo también que a veces imaginaba una puerta detrás del armario de la habitación de mis padres. Esa puerta oculta daba entrada a mi mundo soñado. En él toda la dureza de lo que vivíamos en casa era una mentira, incluso pensaba que mis padres no lo hacían de verdad, sino que nos engañaban ocultándonos la verdadera realidad que se ocultaba detrás de aquel armario. Algo parecido al mundo de Narnia que aparece en el segundo volumen "El león, la bruja y el armario". Yo ni siquiera sabía que existía esta serie. En mi casa no había más libros que los del colegio y tebeos, eso sí, muchos tebeos que cambiábamos por una peseta después de leerlos. Los primeros libros de lectura los introduje en casa yo mismo cuando ya tenía unos 18 años. Y esos eran mis sueños de niño resumidos en el deseo de tener una familia feliz. Con todos los matices que caben en una vida siempre cambiante y móvil puedo decir con sinceridad que he visto cumplido el sueño de mi infancia. Dios nos ha guardado hasta aquí y disfruto de mi mujer y nuestros tres hijos con verdadero deleite, salvo los quebraderos de cabeza que siempre aparecen en toda vida familiar. A mí nadie me dijo que tenía que soñar con una familia feliz. Ese deseo fue una reacción frente a la dura realidad vivida.

A modo de conclusión

Para ir concluyendo con este tema que da para mucho más, recapitemos algunos aspectos necesarios para tener en cuenta y que puede resumir lo que hemos querido decir a lo largo de este capítulo. En primer lugar constatar que sí, hay sueños de Dios; también hay sueños humanos y por supuesto pesadillas y terrores nocturnos. Que cuando hablamos de sueños hoy, casi siempre estamos pensando en deseos, planes o proyectos que queremos ver cumplidos y para ello nos valemos de lo que tengamos más a mano o se haya puesto de moda. Por ejemplo. No hace mucho ha salido un libro titulado "El secreto" de Rhonda Byrne que ha tenido gran difusión. El mensaje básico del libro es que podemos conseguir todo lo que deseemos puesto que el Universo responde al magnetismo de nuestros deseos, por tanto todo lo que queramos con suficiente fuerza, sea bueno o malo, lo recibiremos porque las leyes del Universo así lo confirman. Y se dan los ejemplos de algunos "maestros" que han usado semejante "secreto" para conseguir las metas que se propusieron. Al leer de pasada este libro no pude menos que confirmar que coincide en muchos casos con algunas enseñanzas de ciertos predicadores del "evangelio de la prosperidad". Porque se ha puesto de moda hablar de conseguir sueños. Es un mantra

repetido como algo mágico. Lo repiten los políticos, los actores, los escritores, los deportistas y por supuesto muchos pastores. En muchos casos es imposible realizar algunos sueños porque tienen como base el talento innato de cada ser humano. Yo no puedo tener el sueño de ser un gran músico porque sencillamente no tengo ni idea de música, y por mucho que lo sueñe, lo desee y anhele, estaré dando coces contra el agujón. Por tanto no se trata de tener fiebre por los sueños, sino de someterse a la voluntad de Dios para nuestras vidas. Descubrir el propósito de Dios, saber lo que tenemos y podemos hacer en Cristo, porque en Él habita toda la plenitud de la Deidad y estamos completos en Él (cf. Colosenses, 2:9,10). Esta fue la oración de Pablo.

⁹Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir *que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual*, ¹⁰*para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios*; ¹¹fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; ¹²con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; ¹³el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, ¹⁴en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Col. 1:9-14).

Podemos ver el brillo de este mundo o las glorias de la cruz. Donde esté nuestro tesoro allí estará también nuestro corazón y nuestras fuerzas, y nuestra voluntad y emoción.

Este es un terreno sembrado de cizaña. La semilla que pretende ser palabra de Dios o voluntad de Dios es muy parecida a nuestros deseos y pasiones pero sus frutos son muy distintos.

Á veces ocurren cosas en nuestras vidas que nunca hemos soñado, ni pensado, ni imaginado. Hace poco nuestro hermano en la fe y jugador de fútbol del Real Madrid, Kaká, salió en el programa “Mi esperanza” diciendo que nunca había soñado con ser el mejor jugador del mundo, sin embargo lo ha conseguido en años anteriores. Y es que hay Uno que es poderoso para hacer todas las cosas mucho mas abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros (cf. Ef.3:20).

Nos dicen que solo conseguimos lo que soñamos, es decir, que lo que no soñamos no podemos conseguirlo. Falso. De otra manera no necesitamos a Dios y Su acción en nosotros. Solamente soñemos, ¿para qué necesitamos a Dios? ¡Ah, sí. Para que apoye y confirme nuestros sueños! Lo que esconde esta enseñanza extrema es la emancipación e independencia. Es el pecado en su origen, como el de “los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada” (Judas, 6). El querubín Lucifer que no se conformó con el papel asignado sino que quiso ser como Dios, independizarse del Creador, actuar por su propia cuenta (cf. Ez.28:11-19). Se repitió, como hemos visto, en la acción independiente de Adán y Eva no sujetándose a la palabra y voluntad de Dios. La tentación fue: “Seréis como dioses” ¿Para qué necesitamos a Dios si podemos serlo nosotros mismos y no estar sujetos a Su soberanía? Nuestros sueños humanistas nos conducen a la autocomplacencia, la autodeterminación y la autosuficiencia. A ser dueños de nuestro propio destino. La Biblia no dice eso. “Yo sé, oh Señor, que no depende del hombre su camino, ni de quién anda el dirigir sus pasos” (Jer.10:23 LBLA). “Por el

Señor son ordenados los pasos del hombre, ¿cómo puede, pues, el hombre entender su camino?" (Pr.20:24 LBLA). "Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos" (Sal.32:8). "Por JHWH son ordenados los pasos del hombre, y él aprueba su camino" (Sal. 37:23). "¿Y quién de vosotros, por ansioso que esté, puede añadir una hora al curso de su vida?" (Mt.6:27 LBLA). "Pero buscad primero su reino y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Por tanto, no os preocupéis por el día de mañana; porque el día de mañana se cuidará de sí mismo. Bástele a cada día sus propios problemas" (Mt.6:27,33,34 LBLA). "Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Ro.9:16 LBLA). Soy consciente que este enfoque nos conduce al dilema del libre albedrío y la soberanía de Dios, pero esto es lo que dice la Biblia en los textos que hemos visto. Lo que encontramos una y otra vez es la confluencia entre la voluntad de Dios y la nuestra. Dios produce en nosotros el querer y el hacer (cf. Fil.2:13). Dios despierta nuestro espíritu para levantarnos a edificar y resplandecer (cf. Esdras, 1:1,2,5) (cf. Isaías, 60:1-3). Cuando sometemos nuestra voluntad a la Suya y andamos por Sus caminos y no los nuestros es cuando obtenemos el resultado y propósito de nuestra vida; la verdadera realización de los sueños, ese es nuestro contentamiento. Pablo lo resumió con estas palabras: "Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerios que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios" (Hch.20:24).

¿No habremos substituido la carencia de la manifestación de los dones del Espíritu por los sueños humanistas? El Señor, por boca del profeta Jeremías, nos dice: "Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma" (Jer.6:16).

Está de moda crear necesidades para suplirlas luego con el producto que nos quieren vender. Todo ello pertenece al mundo mercantil y consumista. Algunas de esas necesidades son reales y se ha conseguido dar verdaderas respuestas que son un alivio y ayuda para los seres humanos, otras son sencillamente para acumular artilugios y estar entretenidos hasta el día del juicio final. En la iglesia se ha creado la necesidad de triunfar, crecer en número, alcanzar metas, realizar nuestros sueños. La Biblia lo reduce a Cristo, alcanzar la plenitud que hay en Cristo, estamos completos en Él, por tanto nuestra mayor necesidad es descubrir "todo el bien que está en vosotros por Cristo Jesús" (Filemón, 6). Esta verdad básica y eterna la hemos reemplazado con la fiebre por los sueños, que en una buena medida significa conformarse al estilo de vida de este mundo, con sus valores y principios de realización personal.

Puede ser que esta fiebre por los sueños sea simplemente un substituto del sometimiento a la voluntad de Dios. Podemos disfrazar nuestra desobediencia con la pretensión de conseguir sueños dando por hecho que ello es hacer la voluntad de Dios. El apóstol Pablo nos advirtió del carácter de los hombres en los últimos tiempos diciendo que: "serán amadores de sí mismos", pero "tendrán apariencia de piedad" (2 Tim.3:1-5). La Biblia Dice que hemos sido salvos para obedecer, no para conseguir sueños (cf. 1 Pedro, 1:2). Maria, la joven judía que dijo sí a la voluntad de Dios para ser madre del Mesías, obedeció diciendo: "hágase conmigo conforme a tu palabra" (Lc. 1:38), no según mis sueños. Ella nunca tuvo el sueño de ser portadora de la simiente que había de venir como Redentor,

fue la voluntad de Dios desde antes de la fundación del mundo. El mismo Jesús se sometió a la voluntad del Padre diciendo: "Padre mío, si es posible, pase de mi esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú" (Mt.26:39). El apóstol Pablo, una vez que salió de la ignorancia de perseguir a los creyentes, en el mismo momento cuando el Señor a quién perseguía se le apareció, sus primeras palabras fueron: "¿Quién eres Señor?", y la segunda, "¿Qué haré, Señor?" (Hch.22:8-10). Dios le había mostrado al discípulo Ananías lo que serían "los sueños" del futuro apóstol Pablo: "El Señor le dijo: Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre" (Hechos, 9:15-16). Y este mismo apóstol le dijo a su discípulo Timoteo: "Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución" (2 Timoteo, 3:12). Es el mismo mensaje que ya había dado a todos los discípulos en sus viajes misioneros. "Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios" (Hechos, 14:22). ¡Cómo ha cambiado el mensaje! Lo que muchos "apóstoles" predicán hoy es la realización personal mediante la consecución de grandes sueños. Arrastran a multitudes hechizadas por el sueño de El Dorado. Han sacado el tropiezo de la cruz (*cf.* Gálatas, 5:11), la locura de la cruz y la persecución del mensaje de la cruz de Cristo. Pablo vuelve a escribir: "Todos los que quieren agradar en la carne, os obligan a que os circuncidéis, solamente para no padecer persecución a causa de la cruz de Cristo" (Gálatas, 6:12). La obligación de circuncidarse en el contexto que estamos tratando es sencillamente adaptarse al sistema predominante, a la corriente que predomina en nuestros días, en este caso el humanismo, el relativismo, el conformismo, la permisividad, el hedonismo y la idolatría del ego. Todo ello para no sufrir persecución a causa de la cruz de Cristo. Este tema lo veremos más ampliamente en el próximo capítulo.

Cierto tipo de sueños son un escape de la dura realidad. Las ensoñaciones tienen su tiempo, especialmente en la infancia, como mi sueño acerca de la puerta detrás del armario de la habitación de mis padres. Queremos escapar, evadirnos de la cruda realidad que en ocasiones nos azota y eso tiene su lugar, lo necesitamos temporalmente, pero cuando se constituye en nuestra forma de vida acabamos siendo irresponsables, cobardes, huidizos, insensibles y metidos en una burbuja que el día cuando explota se nos hunde el suelo bajo nuestros pies. Recuerdo haber leído del escritor Honoré de Balzac que vivía tan absorbido por sus personajes literarios que estando en su lecho de muerte llamaba a uno de los médicos que él mismo había creado para que viniera a socorrerle. Jesús no eludió su realidad, que significaba ir a Jerusalén, para cumplir la voluntad predeterminada. Lo hizo afirmando su rostro con determinación (*cf.* Lc.9:51). Podemos caer en la trampa del perezoso eludiendo el trabajo porque estemos absorbidos por las vanas imaginaciones. "El deseo del perezoso le mata, porque sus manos no quieren trabajar" (Pr.21:25). No cabe duda que se puede complementar el esfuerzo y trabajo con anhelar un futuro mejor. El labrador trabaja primero para cosechar sus frutos (*cf.* 2 Tim.2:6).

A menudo hacemos doctrina de una experiencia y la "vendemos" como dogma de fe. Los sueños conseguidos no satisfacen plenamente. Alivian, nos dan sensación de plenitud y satisfacción temporal, pero seguimos insatisfechos porque queremos más. Cuando hemos conseguido

una meta queremos otra. Lo conseguido anteriormente no nos llena. Entramos en una espiral embriagadora, un círculo vicioso que nos altera y domina por el deseo irrefrenable de consumir. Pero la vida tiene tantas caras, etapas y circunstancias movibles que aunque seamos personas exitosas en un terreno, experimentamos la necesidad o la derrota en otro. Aunque algunas de nuestras necesidades estén suplidas siempre hay otras facetas en las que siguen sin cubrirse y nos mortifican. Nunca encontramos un estado de felicidad completa ni duradera porque vivimos en un mundo cambiante y movible. Lo eterno e inmovible está por delante. He oído algunos predicadores en cultos de frenesí prometer una vida sin dolor, sin enfermedades, sin necesidades económicas y todo ello aquí en la tierra. A eso le llamo el sueño de El Dorado y beber el elixir de la eterna juventud. No es nuevo, pero sigue siendo falso. Jesús dijo: "en el mundo tendréis aflicción". Podemos ser sanados, podemos recibir respuestas a nuestras necesidades económicas y de cualquier tipo, pero de ello no se desprende que hemos llegado al milenio, ni al reinado mesiánico, eso le corresponde a Dios y su Mesías. Podemos experimentar las primicias, los primeros frutos, pero siempre estaremos sometidos a la esclavitud del presente siglo malo hasta que venga el Señor de gloria y entremos en el siglo venidero.

Hay quienes tienen éxito en el trabajo y sus casas están en ruinas y viceversa. Nuestra suficiencia está en Jesús, la fuente de agua viva. Hay quienes triunfan en cualquier área de sus vidas pero mantienen una lucha infernal en otra. El mismo apóstol Pablo tenía un aguijón en su carne que le recordaba su debilidad, su extrema debilidad y dependencia de la gracia de Dios. Hay pocos, si los hay, que se escapan de cierto tipo de aguijón en sus vidas. Sea en el carácter, en la familia, en los negocios, con los hijos. Me temo que en muchos casos hemos cometido dos males, como dijo el profeta Jeremías: "Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retiene el agua" (Jer.2:13). Considero que hemos regresado a buscar agua en el pozo de Sicar, donde iba diariamente la mujer samaritana, antes que beber de la fuente de agua viva que brota de Jesús mismo. Debemos volver a recordarnos que cualquiera que bebe de esta agua de los sueños, vuelve a tener sed, "mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna" (Juan, 4:13,14).

Lo que suele faltar en el mensaje de los "cumplidores de sueños" es: la naturaleza del pecado, los deseos engañosos, denunciar la vanagloria de la vida, el no conformarse a este mundo, el juicio de Dios, la cruz de Cristo, la humillación del mensaje de la cruz, la humildad de los hijos del Reino, el sometimiento a la voluntad de Dios, la esperanza de gloria, el arrepentimiento de obras muertas, ser guiados por el Espíritu y no por los sueños, no tener el control de sus vidas y no predicar lo que es locura para el mundo, sino los sueños del sistema de este mundo. No recuerdo ni una predicación de Jesús o sus apóstoles en el sentido de cómo conseguir nuestros sueños. ¿De dónde sale este mensaje entonces? De buscar la gloria pasajera de este mundo, por eso el mundo lo oye. Es de la tierra, terrenal. Son las doctrinas paganas de los antiguos cultos de Canaán con los que no debían mezclarse los israelitas, pero que acabaron asimilando para llegar al cautiverio y Babilonia. No son las palabras de esta vida que predicó el apóstol Pedro en la legendaria casa de Cornelio, el primer gentil recibiendo el evangelio del Reino.

Este tema es difícil de discernir correctamente porque está mezclado con alma y espíritu. La verdad de la palabra de Dios es la que tiene la capacidad de ayudarnos a discernir y separar estas mezclas que nos han inundado. La verdad de Dios descubre las verdaderas intenciones del corazón humano. Espero que haya podido echar un poco de luz, más que un jarro de agua fría, para separar y discernir lo que hemos mezclado y confundido. "Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. ¹³Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta" (Hebreos, 4:12,13).